BRUGUERA
BOLSILIBROS

FUTURO

HEROES DEL ESPACIO

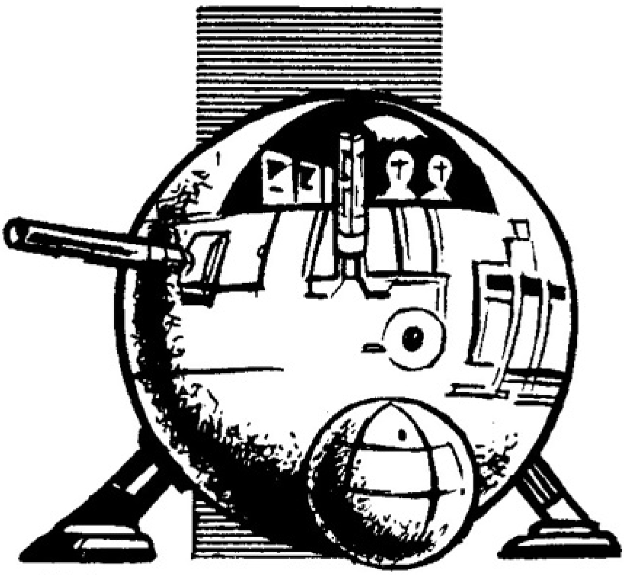
LA REBELION DE LOS HOMOIDES

Eric Sorenssen



héroes del

ESPACIO



ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE EDITORIAL BRUGUERA, S. A. QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Héroes del Espacio
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Azul.

ERIC SORENSSEN

LA REBELIÓN DE LOS HOMOIDES

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 238
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES. 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B. 5.699 - 1985

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: marzo, 1985
1ª edición en América: septiembre, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera. S. A..**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

PROLOGO

—¿Necesita algo más, señor Tork?

—No, gracias, Vela. Que pase un feliz fin de semana.

—Igualmente usted, señor.

El poderoso dirigente quedó solo en su inmenso despacho. No era el más grande pero sí uno de los más grandes gobernantes de la Tierra. Su poder era prácticamente omnímodo, no sólo sobre los miserables homoides, sino incluso sobre los Humanos. A sus cuarenta y dos años había llegado a la cima, era temido, amado, envidiado y odiado por todos. Era un auténtico triunfador.

Y, sin embargo...

La cortina de haces luminosos que incomunicaba su despacho se corrió para dejar pasar a alguien que no se había anunciado. El inusual hecho arrancó a Tork de sus reflexiones.

Al reconocer a su visitante, se puso automáticamente de pie.

—¡Señor! —saludó al Benefactor en persona—. Creí que usted ya se habría ido. Me honra...

El amo absoluto de la Tierra hizo señas a Tork de que se sentara y se dejó caer sobre un modulador que se adaptó inmediatamente a su pesado cuerpo.

-—Se anunció oficialmente que me retiraba —dijo—, así ordené que se dijera. Pero sólo porque quería tener unos momentos de tranquilidad antes de pasar el fin de semana en el retiro.

—Creí qué era allí donde descansaba, señor, y no aquí, en el Palacio.

El Benefactor sonrió asintiendo con la cabeza.

—Y así es, amigo Tork, y así es. Pero allí descansé con mi familia, y aquí quería descansar con usted.

—Es un honor que no merezco, señor.

—Ya lo creo que lo merece. Es usted mi más fiel y más inteligente colaborador —y miró con intención al otro—. Debería haber puesto la inteligencia por delante —se corrigió—. Pero, bromas aparte, es usted el único con quien puedo hablar sin temor a ser traicionado o, en el mejor de los casos, mal entendido.

Tork le miró con expresión preocupada.

—¿Ocurre algo, señor? — preguntó.

El Benefactor negó lentamente con la cabeza.

—No, en el sentido que usted lo pregunta —respondió—. No ocurre nada más y nada menos que tener sobre mis hombros la responsabilidad de gobernar la Tierra.

—Unos hombros que podrían soportar la responsabilidad de gobernar el Universo entero.

El gran jefe sonrió, aceptando el cumplido.

—Debería dedicarse usted a las relaciones intergalácticas —dijo —. Sabe halagar y eso es lo que se-necesita saber cuando se trata con extranjeros.

Tork sonrió en silenció. Era el otro quien debía dirigir la conversación.

Hubo un largo silencio que por fin rompió el Benefactor.

—Estoy cansado, Tork.

El aludido dio un respingo.

—¿Cansado, señor? Permítame decirle que no le entiendo.

—Cansado de gobernar. Cansado de vivir por y para los demás y ser casi siempre mal interpretado. Tengo ya setenta y cinco años, no me quedan más de veinte o treinta de vida, llevó cincuenta dedicado al gobierno, empezando por aquel lejano cargo, de secretario, hasta el que hoy desempeño, ¿es demasiado pedir que se me releve y se me permita descansar?

—No, claro, pero... —Tork estaba auténticamente desconcertado —. Señor —se decidió—, usted es irreemplazable.

El Benefactor negó largamente con la cabeza.

—Nadie es irreemplazable —dijo—, y, de todos modos, tendrán que reemplazarme cuando llegue a los ochenta y cinco años, lo dice la Ley. Y, por otra parte, tengo el hombre para el cargo. Si él está de acuerdo, lo propondré en la próxima Asamblea General.

—¿Puedo preguntarle quién es ese hombre extraordinario, señor? —preguntó Tork, aunque su frenético corazón adivinaba la respuesta.

—Usted, Tork.

—Señor...

—Usted es, antes lo dije, el más inteligente y el más fiel. Vive consagrado a su tarea y por ella hasta ha dejado de formar una familia. Lleva trabajando conmigo... ¿cuántos años?

—Veintidós, señor.

—Claro, fue en dos mil quinientos sesenta y ocho, cuando yo ocupaba el cargo que tiene usted ahora. Entró como secretario mío, así como yo mismo lo había hecho muchísimos años antes. En fin, no nos dejemos llevar por los recuerdos. ¿Qué me contesta, Tork? ¿Me permitirá descansar o me obligará a seguir trabajando?

—Señor, yo...

El Benefactor se frotó las manos, satisfecho.

—Excelente, excelente. No sabe cuánto se lo agradezco.

—Pero yo todavía no,..

—Usted es el hombre para el cargo, Tork —cortó las protestas con un gesto y siguió con tono confidencial—. No se puede confiar con cualquiera, usted lo sabe. Somos un millón gobernando a cien millones. Tenemos que estar siempre alerta. Usted es un hombre duro, Tork, y no se moleste porque lo diga, ya que es un gran mérito serlo en nuestro Planeta. Recuerde que hace sólo dieciocho años tuvimos que aplastar con la máxima energía el movimiento de Los Igualitarios, aquellos que sostenían que todos los seres que nacen en la Tierra son iguales y Humanos.

Tork tuvo que hacer un esfuerzo para controlar sus nervios, pero el otro no lo advirtió.

—...mucho les costó a nuestros antepasados —seguía diciendo— extirpar los últimos restos de aquel funesto Cristianismo, que tanto mal hizo durante muchos siglos a los Humanos...

—Todo eso está definitivamente desaparecido —intentó cortar Tork—, Mejor aún: Olvidado. Ningún homoide...

El Benefactor alzó su mano para interrumpirle,,

—Mi temor no son bs homoides sino los Humanos —explicó.

—¿Los Humanos...? —repitió Tork, sintiendo que el sudor perlaba su frente.

—Sí, usted sabe tan bien como yo que no pasa año sin que algún Humano sea descubierto teniendo relaciones sexuales con homoides femeninos.

—Son castigados no bien se los descubre; pero, además, ellos se cuidan de esterilizarlas totalmente antes de tener relaciones.

—¿Y si alguna no lo fuera? ¿Imagina usted lo que podría ocurrir?

—Eso no ocurrirá nunca, señor —afirmó Tork, deseando que su voz no traicionara su nerviosismo.

—Ponía esa terrible circunstancia como un ejemplo de los peligros que nos acechan. Y de la necesidad que tiene la Tierra de un Humano firme y capaz al frente del Gobierno. Un Humano que no se permita a sí mismo la menor debilidad, para así no permitírsela a nadie en el Planeta. Y ese Humano es usted, Tork.

—Señor…

El Benefactor se incorporó con cierta pesadez.

—Gracias a usted disfrutaré de un feliz fin de semana y, muy pronto, de un muy feliz y, creo, bien merecido descanso —le tendió ambas manos—. Gracias, Tork —dijo, con acento agradecido.

* * *

Como siempre hacía al llegar a su casa, Tork> observó atentamente todos los registros de control. No había ocurrido absolutamente nada durante su ausencia. Con excepción de los robots domésticos, nadie había en la vivienda.

¿*Nadie*?

Secándose con un pañuelo el nervioso sudor que mojaba sus manos, Tork cruzó a buen paso el amplio recibidor, la sala de estar, la antecocina y, en la pared de un estrecho corredor que unía ésta con la despensa, apoyó la palma de su mano derecha en determinado lugar.

Un trozo de pared giró sobre sí mismo, y él se apresuró a introducirse por el espacio libre, que desapareció no bien hubo pasado él.

Siguió un corto corredor a oscuras, oprimió un botón que descorrió una cortina de haces luminosos y penetró en una pequeña pero lujosamente decorada sala de estar. Sentada en un sillón y con los neuroauriculares de visión cerebral colocados, estaba una mujer de excepcional belleza y no más de veinticinco años de edad.

Al ver entrar a Tork se quitó los auriculares y se incorporó de un salto, corriendo a su encuentro.

—¡Querido, creí que no llegarías nunca!

Se abrazaron y se besaron, pero ella notó de inmediato que algo no andaba bien. Sin embargo, no habló hasta servirle un relajante, después que Tork se hubo instalado en su modulador favorito.

—¿Ocurre algo, querido?

El bebió en silencio, esquivando su mirada. Ella sonrió.

—Tenemos un largo fin de semana por delante —dijo—. Yo haré que descanses y seas feliz.

—Lo sé. Tú me haces feliz. Yo ignoraba lo que esa palabra significaba antes de conocerte.

—Pero ahora me conoces a mí y conoces la felicidad. También yo ignoraba que esa palabra siquiera existiese. No sólo ignoraba eso: lo ignoraba todo. Pero tú...

—Calla.

Ella le miró con ojos llenos de amor.

—Nunca dejaré de hablar cuando se trate de_ agradecerte lo que has hecho y haces por mí. Gracias a ti he empezado a vivir.

El se levantó, fue hasta el bar y se sirvió un segundo relajante. Aunque no hizo el menor comentario, ella comprendió que algo serio ocurría. Tork jamás bebía más de una vez.

Cuando él volvió a ocupar su modulador, ella se echó a sus pies sobre la gruesa moqueta.

—Dime qué te ocurre, por favor —rogó.

—Lo que ocurre...

Calló y acabó de un trago el contenido de su vaso.

Ella aguardó en expectante silencio.

—No es fácil lo que tengo que decirte...

—Di lo que sea —el rostro de ella estaba crispado, intuía que no era simple cansancio lo que alteraba a Tork.

—No es fácil —repitió él.

—Estoy preparada, te escucho.

—Hoy, hace sólo unos momentos, el Benefactor ha venido a mi despacho...

Se interrumpió, como esperando algún comentario, pero ella permaneció en silencio. Que la máxima autoridad de la Tierra hubiera ido a verle era algo inusual, pero no extraordinario.

—Venía a decirme... Venía a decirme que quiere retirarse y que yo lo sustituya.

Ahora ella lo comprendía todo. Pudo haber callado, pero quería lo suficiente a Tork como para desear facilitarle la situación. Aunque se tratara de su propia felicidad, de su propia vida.

—Y eso significa que tendremos que separarnos —murmuró con voz ronca.

El asintió con la cabeza.

Mordiéndose con fuerza el labio inferior, ella pudo impedir que las lágrimas escaparan de sus ojos.

—Los dos sabíamos que lo nuestro no podría durar siempre —se obligó a decir.

—Yo creía que sí —opuso él con sinceridad—. Había organizado bien las cosas. Nadie ha sospechado ni podría sospechar. Nuestra felicidad pudo haber durado toda la vida, pero ahora…

—Serás un buen Benefactor.

—Me han elegido para que sea malo. Malo con los homoides, claro.

Ella asintió lentamente en silencio.

—¿Qué va a ser de ti? —preguntó a continuación él, con voz anhelante.

—Lo que tú quieras que sea. Moriré, si tú quieres que muera; seguiré viviendo, si ése es tu deseo.

—Seguir viviendo… ¿Se puede llamar vivir a arrastrar la horrible existencia de los homoides?

Ella hizo un gesto de resignación.

—Es la vida que viví hasta que tú me rescataste. Veintitrés años de mi vida los pasé así. Podré aguantar el resto.

—Ahora será distinto. Aunque oculta, has podido vivir como los Humanos. Nunca podrás olvidarlo.

—Nunca podré olvidarte. Pero al menos tendré eso: un recuerdo feliz. Ninguno de mis congéneres podrá tenerlo nunca.

—Por eso pueden aceptar sin protestas la esclavitud en que viven. Porque no tienen recuerdos ni tienen futuro. Pero tú…

Ella se levantó y volvió a ocupar el simple sillón donde antes estuviera sentada. Cuando habló, lo hizo con voz casi normal.

—Olvidamos lo principal: que vas a ser Benefactor. Lo más grande que puede ser un Humano. Eso es lo que realmente importa.

Pero él negó con la cabeza.

—No —dijo—, eso no es lo más importante. Lo más importante es que tú estás embarazada.

—Si me hubieras esterilizado…

—No podía hacerlo. Es… No sé cómo explicarlo. He ordenado esterilizaciones masivas de homoides femeninos y siempre he creído que estaba haciendo lo que era correcto, pero contigo…

—Debiste hacerlo.

—Pero no lo hice, y ahora no tiene sentido hablar de ello. Debemos enfrentarnos a la realidad. Tú vas a tener un hijo mío.

—Tú puedes hacer que no lo tenga.

El se retorció las manos, en gesto de desesperada impotencia.

—Es lo que tendría que hacer... Es lo que se debe hacer...

—Hazlo.

El la miró a los ojos.

—No puedo —confesó—. No puedo matarte a ti y matarme a mí mismo. Porque ese ser que llevas en tus entrañas es parte de ti y de mí. Es el fruto de nuestro amor. Es nuestro amor.

—Pero cuando ese hijo nazca...

— ¡Lo sé, lo sé! —gritó él, hundiendo la cara entre las manos.

Ella esperó en silencio a que pasara la crisis.

—Mira —dijo por fin él, con voz tranquila—, sólo se me ocurre una solución...

—Lo que tú decidas estará bien para mí.

—No. esto no está bien, pero así nuestro hijo podrá vivir.

El rostro de ella se iluminó. Siguiendo un impulso incontenible, se incorporó de un salto y, dejándose caer sobre la moqueta, se abrazó a las piernas del hombre.

—Gracias —murmuró—, gracias. Teniéndolo a él, será casi como tenerte a ti.

—Tendrás que vivir muy lejos, apartada de todo...

—Viviré donde tú me mandes.

—Tendrás que vivir en la Reserva Kamchatka...

CAPITULO PRIMERO

Naturalmente, en la Tierra no existían delincuentes. Teóricamente no podían existir porque el semen que se utilizaba para la inseminación intrauterina provenía de homoides seleccionados, tanto por sus cualidades físicas como mentales. Y prácticamente no podían existir delincuentes porque, si la selección genética llegaba a fallar —Porcentaje: 1/17.250—, el ser que mostraba tendencias delictivas, o cualquier otra desviación, era destruido de inmediato.

Sin embargo, lo que los científicos llamaban «fallos compensables» —Porcentaje: 1/6.666—, eran tolerados. Por ejemplo, homoides que realizaban sus tareas en un tiempo superior o inferior en un 5% al normalizado; los que tenían tallas o pesos hasta un 10% por encima o por debajo de lo establecido, o —y éste era el caso más grave tolerado—, los que soñaban cuando dormían.

No se destruía a estos homoides pero, por obvias razones de seguridad, se tos confinaba en las reservas marginales.

La denominada Kamchatka era una de éstas.

En el extremo oriental de la Tierra, bañada por las heladas aguas del Mar de Bering, la península de Kamchatka no era el lugar ideal para vivir; pero, a manera de compensación, las condiciones de trabajo eran un 12% más suaves que en las reservas que podían llamarse «normales».

Cinco mil homoides de ambos sexos vivían en ella, vigilados por cincuenta robots y paternalizados por un equipo de una veintena de Humanos, entre los que se contaban, desde el representante oficial hasta el reparador de robots, pasando por médicos y psicólogos. Cincuenta barracones albergaban a cien homoides cada uno, separados por sexos. Esto resultaba ridículo, ya que en el año 2614 tos métodos de normalización hormonal estaban suficientemente perfeccionados como para haber hecho desaparecer el menor impulso sexual.

De hecho, el último caso de actividad sexual se había presentado en una reserva también marginal —la Tierra del Fuego—, veinticuatro años antes. El sexo entre los homoides ya no era

problema. Y su eliminación fue lo que permitió consolidar definitivamente el dominio Humano en la Tierra.

Porque, como bien afirmara el científico Balder, en una recordada sesión de la Asamblea General: «El impulso sexual era la principal, si no la única, causa de alteraciones en la conducta de los homoides, tanto hembras como machos. En dieciséis casos, de los ciento ochenta estudiados por Lara, se llegó a determinar fehacientemente que el impulso sexual podía llevar a los homoides hasta el intento de rebelión contra los humanos.»

Esto había ocurrido muchos años antes. Casi un siglo antes. En el año 2614 no había impulsos sexuales en ninguna reserva de la Tierra. Tampoco en la de Kamchatka.

Además, aquí el extremado rigor del clima adormecía todavía más los mínimos impulsos de cualquier tipo que se permitían a los genes de los homoides. A pesar de tratarse de una reserva marginal y, por ende, integrada por individuos con fallos, El Representante no tenía más problemas que combatir el frío y el tedio, a la espera de cumplir su período de dos años —le faltaban ocho meses—, y ser trasladado a un lugar más «Humano».

Los cinco mil homoides ocupaban sus días en duros trabajos, como todos sus congéneres. La mayoría se ocupaba en faenas de pesca, en tanto otros realizaban cultivos con el sistema de sol artificial, y el resto cumplía funciones subalternas en la planta productora de energía, que se nutría de la energía mágmica producida por la actividad subterránea del gran volcán Kiluchevsk. El trabajo era allí peligrosísimo, y muchos homoides morían, pero, mientras estaban vivos, al menos no pasaban frío.

El Representante no tenía conflictos con sus protegidos, pero eso no significaba que pequeños problemas no existieran. El Grupo de Seguimiento detectaba allí más fallos —un 47,3% más— que en las reservas normales. Aún con relación a las marginales, Kamchatka llevaba ventaja: un 2,7% más. Pero esto se admitía como aceptable, dada las rigurosas condiciones climáticas del lugar.

La inmensa mayoría de los fallos detectados consistían en Diferencias con la media normalizada de trabajo. Por supuesto, todos sin excepción fallaban por no alcanzar la media y, en algunos casos, estar por debajo del 5% tolerado.

Sin embargo, esto no preocupaba a los Humanos. Como Reger, el

psicólogo, comentara más de una vez con sus colegas, casi les agradaba. Una disminución del ritmo de trabajo significaba una disminución del ritmo cerebral. Y eso era bueno. O, si no bueno, sí infinitamente mejor que un aumento.

Aunque algún caso había también con ritmo cerebral aumentado. Uno, pero que en su momento preocupó a Reger lo suficiente como para ponerle un número 2 a su Memoria.

La calificación normal era 0. Luego venía una escala de anormalidad que iba del 1 al 3. En el 1 se incluían los que se retrasaban en el trabajo o, por ejemplo, tenían eventuales incontinencias fisiológicas. Los que alcanzaban la calificación de 3 eran inmediatamente destruidos. Pero en décadas no se había presentado ningún 3 en el total de reservas de la Tierra. Como decía el Representante: «Podemos tener fallos, pero no tan graves.»

En Kamchatka, calificado con 2 sólo había uno. El número 3117. Este homoide no había cometido nunca un fallo. Y ése era el motivo de su preocupante puntuación.

* * *

—Hablemos.

—Estoy cansado.

—Hablar no aumentará tu cansancio. Creo que hablar descansa.

—A ti, tres mil ciento diecisiete, pero a mí me cansa. Y quiero dormir.

El así rechazado se volvió al ocupante de la litera del otro lado.

—Y tú, tres mil ciento quince, ¿tampoco tienes ganas de hablar?

El interpelado, un homoide macho de veinticuatro años, se volvió al que le hiciera la pregunta.

—¿De qué quieres que hablemos? —masculló, mezclando palabras con bostezos.

—De lo que me ocurre cuando veo a la hembra 3892 —respondió sin vacilar el interrogado.

El otro contrajo su rostro en un gesto de miedo y miró instintivamente hacia el robot que se paseaba entre las literas.

—No te preocupes —dijo el 3117—, no puede oírnos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque un día hice la prueba. No oyen nada a más de ocho

metros, y oyen algo, pero no entienden el sentido de las palabras, a más de cinco metros.

Su vecino lo miró con algo que podía ser el equivalente de! asombro en los Humanos.

—Nadie hace esas cosas —murmuró—. ¿Por qué las haces tú?

El interrogado hizo un gesto de ignorancia. El también tenía veinticuatro años, como la mayoría de los que estaban en ese barracón, y tenía el máximo de altura permitido, lo que hacía que su cabeza sobresaliera algo de las de sus compañeros, cuando hadan la formación.

—No me gustan los guardianes —dijo.

El 3115 le hizo gestos de que se callara. Efectivamente, por el pasillo central de! barracón apareció el robot de turno, caminando lentamente y moviendo sus ojos en todas direcciones. Los dos compañeros cerraron sus ojos y fingieron dormir. El guardián siguió su ronda sin dar señales de alarma.

Cuando se aseguró que el robot estaba a más de ocho metros de ellos, el 3117 volvió a hablar.

—¿Has visto? Ha pasado.

—Sí.

—Nosotros cerramos los ojos y él creyó que dormíamos. Nosotros valemos más que él.

El terror se pintó en el rostro del 3115.

—Calla. No quiero oírte más —fe dio la espalda,, como disponiéndose a dormir.

Pero el otro insistió.

—Déjame que hable. Necesito hablar.

Refunfuñando, el 3115 volvió a enfrentarse a él.

—Tú eres el único de todos nosotros que necesita hablar —protestó—. Habla de una vez y después déjeme dormir. Mañana comienza la cosecha de patatas.

—Lo sé, también yo he sido destinado a ella. Pero no es de patatas de lo que quiero hablar.

—¿De qué quieres hablar?

El 3117 ya le había dicho de qué quería hablar, pero él lo había olvidado. La memoria era muy frágil en los homoides. y los Humanos no hacían nada por mejorarla.

—De lo que me ocurre cuando veo a la hembra tres mil

ochocientos noventa y dos —dijo el 3117 lentamente.

Estaba acostumbrado a tener que repetir las cosas. En cambio, él recordaba todo lo que los demás le decían, aunque no tuviera la menor importancia.

—¿Qué es lo que te ocurre? —preguntó su vecino, con voz cansada.

—No puedo decirlo…

—Entonces déjame dormir.

—Quiero decir que no sé lo que es. Es una molestia…

—¿Como cuando estás malo de la tripa?

El 3117 hizo un gesto de fastidio.

—No, no —negó enfáticamente—. Lo que me ocurre no tiene nada que ver con la tripa, estoy seguro. Es algo… Bueno, quiero decir que no es malo.

—No te entiendo.

En realidad, tampoco tenía ganas de entender. Lo que quería era dormir. Pero el 3117 siguió hablando.

—¿Sabes? Me gusta verla. Y quiero volver a verla.

—Y yo quiero que me dejes dormir —era el que antes se negara a hablar, el 3119.

Con un gesto de fastidio, el 3117 renunció a seguir hablando.

* * *

Dos días más tarde, el 3117 coincidió con la 3892 en el mismo sector del campo de patatas. Aunque los soles artificiales no estaban en funcionamiento porque ya no eran necesarios, la temperatura en el interior del campo herméticamente cerrado era agradable, y todos los homoides se habían quitado sus trajes térmicos, vistiendo solamente el mono interior.

Sin descuidar el trabajo para no hacer sonar la alarma del guardián que le correspondía, el 3117 miraba cuanto podía a la 3892. Como ya le ocurriera muchas veces, le llamaban especialmente la atención sus curvas, que él no tenía y que muy pocas veces podía ver en las hembras porque el traje térmico las anulaba.

Ver esas protuberancias delanteras y el trasero cuando se inclinaba para coger las patatas le llenaba de un extraño desasosiego

que, sin ser desagradable, era inquietante.

Quería hablar con ella. Quería escuchar su voz, que imaginaba más agradable que la de las hembras viejas que alguna vez escuchara hablar. Pero eso era imposible. Si le descubrían —y le descubrirían cuando lo hiciese—, sería llevado ante el psicólogo. A nadie temían más los homoides que a aquel personaje.

Cuando los guardianes hadan sonar sus alarmas, el culpable era llevado ante él. Se contaban casos de algunos que jamás habían vuelto a sus barracones. En realidad, eran los mismos Humanos de la reserva quienes lo contaban; y lo repetían una y otra vez para que las débiles memorias de los homoides lo retuvieran el mayor tiempo posible.

El 3117 no sabía de nadie que hubiera desaparecido, pero sí de los castigos que aplicaba el psicólogo. El mismo había sido castigado más de una vez.

Y no sabía por qué.

Pero lo importante para él no era el temor al castigo sino el deseo de estar con la hembra 3892. Por supuesto, ella nunca le había mirado; tenía que aceptar que lo más probable era que ni siquiera hubiese advertido su presencia. Pero nada de esto le importaba.

Estaba seguro de que ella querría hablar con él tanto como él con ella. «Me gustaría tocarla...»

El, que no se asustaba de nada, se asustó de su insólito pensamiento. Eso era terrible. Nadie debía tocar a otro. Sólo los Humanos podían tocarse entre sí.

El 3117, que solía tener extraños pensamientos, había llegado a pensar que ese tocarse, ese contacto,' era lo que hacía superiores e invencibles a los Humanos. Si los homoides se tocaran entre sí...

Pero él nunca lo había intentado. Era demasiado peligroso. No le cabía duda de que el psicólogo lo haría desaparecer si un guardián lo descubría cometiendo tan terrible delito.

Pese a todo, quería tocar a la hembra 3892.

* * *

Esa noche, tendido en su litera junto a sus compañeros de siempre, volvió a hablarles porque necesitaba hacerlo.

—Hoy la hembra tres mil ochocientos noventa y dos trabajó en el mismo sector que yo.

Los otros dos permanecieron en silencio, pero él sabía que le estaban escuchando. No se atrevió a hablar de su extraño deseo de tocarla, pero dijo:

—Quiero hablar con ella.

Ahora sus dos compañeros lo miraron aterrados.

--No lo hagas — rogó el 3119.

—Te llevarán al psicólogo, y él te hará desaparecer —apoyó el 3115.

—Puede que me hagan desaparecer1 si me descubren —opuso el interesado—, pero no me descubrirán.

Volvieron a mirarle con terror los otros dos.

—Nadie puede hablar con una hembra.

—Ni podrás acercarte a ella.

—Podré y lo haré.

—Los guardianes harán sonar sus alarmas.

—Los guardianes no me descubrirán.

—¿Es que no tienen guardianes las hembras?

—Supongo que los tendrán como nosotros; pero a mí no me descubrirán.

No había cariño o afecto o mucho menos amor entre los homoides. Sin embargo, algo especial sentían por el 3117 sus vecinos, porque insistieron en su ruego:

—Mantente alejado de la hembra tres mil ochocientos noventa y dos.

—No intentes hablarle.

El 3117 no respondió y cerró los ojos, simulando dormir.

Poco después los abrió para comprobar que sus vecinos estaban ya dormidos. Vigiló la marcha del guardián, y cuando éste pasó ante su litera alejándose de la puerta, se levantó silenciosamente.

Había decidido que hablaría con la hembra 3892.

Esa misma noche.

CAPITULO II

El 3117 llevaba años estudiando los movimientos de los guardianes, así que sabía exactamente lo que harían en cada momento porque siempre hacían exactamente b mismo.

En eso se basaba su confianza. En que él podía predecir con exactitud lo que harían los guardianes, en tanto ellos no podían adivinar lo que haría él. Y llegaba más lejos aún. Llegaba a pensar que no serían tan perfectos los Humanos cuando no eran capaces de fabricar robots más imaginativos.

Pero no pensaba en eso cuando salía de puntillas desde su litera hacia la puerta. Pensaba solamente en no cometer errores, en no ser descubierto.

No lo descubrieron porque todo ocurrió tal como él esperaba que ocurriese. El guardián de su barracón siguió haciendo su ronda de siempre y, cuando pasó junto a su litera, su superficial mirada no descubrió que lo que abultaba las ropas de cama eran otras ropas y no el cuerpo del 3117.

En el exterior sabía que no encontraría guardianes. Que un homoide abandonara su barrarán durante la noche era tan impensable que no había vigilancia, ya que el patio estaba totalmente cerrado por una cortina de haces luminosos infranqueable para todo el que no conociera el sistema de desconexión.

Pero la barrera no era problema para el 3117; el problema era el guardián del barracón de las hembras que iban del 3801 al 3900.

Llegó hasta su puerta y la abrió sin dificultad, pero con gran cautela. El guardián venía en dirección a ella, pero su cabeza estaba ladeada hacia la izquierda, observando algo en las literas, así que pudo volver a cerrar sin ser visto.

Mientras calculaba el tiempo hasta volver a abrir, sentía su corazón latiendo, tan aceleradamente como cuando los doctores lo sometían a las pruebas anuales. Pero eso no le inquietaba en absoluto. Lo que le inquietaba era fallar en su cálculo de tiempo.

No tenía ningún aparato para medir el tiempo, ningún homoide lo tenía, pero su mente estaba adiestrada por años de observar las

idas y venidas de los guardianes. Cuando abrió la puerta, el del barracón le daba la espalda, a unos cinco metros de distancia. Exactamente como él lo había planeado.

Sintiéndose algo más seguro de sí mismo, entró, cerró la puerta tras él y se encaminó sin hacer el menor ruido a la litera 3892, infortunadamente, una de las últimas.

Todas las hembras dormían y pudo llegar junto a la que buscaba antes que el guardián se volviera. Cuando lo hizo, él estaba echado en el piso, bajo la litera. Jamás a un guardián se le habría ocurrido mirar en tal lugar.

Cuando, sacando apenas la cabeza, vio que el robot ya no podía oírle, se puso en pie de un salto y, por primera vez, observó a la hembra dormida. Le pareció aún más inquietante que despierta. Llegó a pensar en no despertarla, en conformarse con admirarla durante un minuto más y después irse, pero rechazó la idea. El había ido allí para hablar con ella.

Y, naturalmente, había previsto la posibilidad de que gritara. Echando una ojeada al robot, que seguía alejándose lentamente, y, sin más vacilaciones, puso el dorso de su mano derecha sobre la boca de la 3892.

La hembra primero se agitó y, como a continuación pareciera adaptarse a la nueva situación, el 3117, consciente de que no podía perder ni un segundo, corrió la mano para tapar también la nariz.

Sofocándose en su afán por respirar, la hembra abrió los ojos. El, entonces, liberó la nariz, pero manteniendo tapada la boca; tras aspirar varias veces ansiosamente, ella pareció verle por primera vez. Sus ojos reflejaron puntualmente el terror que la invadió.

—Soy el tres mil ciento diecisiete —declaró él innecesariamente, ya que tenía el número escrito en su traje y la luz era más que suficiente—. No voy a hacerte daño. Sólo he venido a hablar contigo. Ahora quitaré la mano de tu boca, pero no grites, por favor.

No le pidió que le prometiera no gritar. Simplemente quitó la mano y ella, aunque siguió mirándole aterrada, permaneció en silencio. El miró por entre las literas al guardián. Aún estaba a más de ocho metros, pero se acercaba.

—Me esconderé hasta que pase el guardián —susurró en el oído de la 3892, y se zambulló bajo la litera.

Cuando volvió a emerger, estaba decidido a no perder más

tiempo.

—Quiero hablar contigo. Me ocurre algo contigo.

—¿Qué? — preguntó ella, hablando por primera vez.

Como él imaginara, su voz era el más agradable sonido que jamás oyera.

Los homoides no conocían la música.

—No sé qué ocurre, pero desde hace mucho tiempo te veo y deseo estar contigo. Hablarte… —iba a decir a continuación «tocarte», pero por alguna oscura y para él desconocida razón se abstuvo de hacerlo.

Ella lo miraba desconcertada y silenciosa. Era evidente que la sorpresa le impedía razonar.

El sexto sentido que todos los homoides desarrollaban con relación a sus guardianes le alertó sobre la proximidad del robot. Sin perder tiempo en comprobaciones visuales, se ocultó bajo la litera.

Cuando volvió a salir, ella le miró como esperando sus palabras, lo que a él le gustó mucho.

—Quiero hablar contigo —repitió—. Quiero contarte muchas cosas que he visto y que están algunas más allá y otras más acá de mis ojos.

Era su imperfecta manera de mencionar sus pensamientos.

—A mí me gusta hablar —siguió—. Hablo con mis vecinos de litera, pero con quien más quiero hablar es contigo. —No quiso abusar de su buena suerte—. Ahora me voy —dijo—, pero mañana volveré.

—No, los guardianes… —se inquietó ella, pero era visible que esperaba ser contradicha.

—No temo a los guardianes. Ellos hacen siempre lo mismo y yo no. Volveré mañana.

La mirada que ella le dedicó terminó de decidirlo a regresar.

Volver a su litera fue todavía más fácil que llegar hasta la de la 3892. Nadie le vio ni nadie notó su ausencia.

* * *

A la noche siguiente, cuando se presentó ante ella, la hembra 3892 lo recibió con un fruncimiento de labios que el 3117 nunca había visto, y que llenó su cuerpo de una cálida y agradable

sensación. Espontáneamente, él también curvó los labios en la misma forma. Desde entonces, siempre se saludaron y despidieron curvando de esa manera los labios.

El podía hablar con ella de lo que quisiera; nunca la hembra se dormía o mostraba aburrimiento, como a veces hacían el 3115 y el 3119. Aunque casi siempre era él quien hablaba, ella intercalaba preguntas o pedía aclaraciones, creando así un auténtico clima de diálogo.

Una noche, la decimocuarta o decimoquinta desde el primer encuentro, él le dijo que querría estar siempre con ella.

—Si fuéramos Humanos, podríamos estar siempre juntos.

—Pero no lo somos.

Este tema era desde hacía tiempo el que más preocupaba al 3117.

—¿Por qué no somos iguales?

Ella le miró sin contestar. El diálogo, aunque cortado por las aproximaciones del guardián, no perdía fuerza ni continuidad.

—Yo creo que somos iguales —siguió él, tras emerger de bajo la litera—. Yo puedo engañar fácilmente a los robots, que han sido creados por los Humanos, lo que quiere decir que yo soy más listo que sus creaciones. ¿Por qué no puedo ser más listo, o, cuando menos, tan listo, como los Humanos mismos?

—No debes decir esas cosas. Si te descubren... —no se atrevió a continuar ella.

—No me descubrirán —la tranquilizó él.

Pero lo descubrieron.

La noche vigésima de sus visitas, se confió en exceso. Al regresar a su barracón pudo entrar sin ser visto por el guardián, pero éste le descubrió cuando se metía entre las mantas de su litera.

Sonó la alarma y de inmediato el robot recibió la correspondiente notificación y la trasmitió al 3117.

A primera hora de la mañana siguiente tendría que presentarse ante el psicólogo.

* * *

Aunque los homoides eran bien tratados en el Hospital cuando estaban enfermos, les asustaba entrar en él. En realidad, les asustaba

todo contacto con los Humanos, ya que nunca se recibía nada bueno de ellos, excepto los cuidados médicos de enfermedad porque los amos necesitaban la mano de obra homoide y trataban de conservarles en buena salud. Claro que si en un accidente de trabajo, o a causa de una enfermedad, perdían un brazo o una pierna o, por cualquier motivo, quedaban impedidos para el trabajo, eran destruidos sin contemplaciones.

Los homoides eran curados y alimentados mientras servían.

El 3117 entró en el Hospital con cierto resquemor, pero sin miedo. Había ido ya muchas veces a visitar al psicólogo. Esta vez era distinto, porque ocultaba algo grave, pero eso, en cierta forma, le animaba en lugar de atemorizarle.

Ahora podría poner a prueba lo que pocos días atrás dijera a 3892. Si era capaz de engañar al psicólogo, no tendría dudas de que era igual a los Humanos.

—¿Por qué te has levantado de la litera?

El psicólogo siempre recibía a sus forzados visitantes solo y en un despacho donde todo era blanco, incluida la bata y los pantalones que él vestía. Era un hombre de unos cuarenta años, con larga barba. Se decía que, entre los Humanos, la barba era signo de fuerza. Ningún homoide podía lucirla.

—Sentí deseos de ir al retrete —tenía preparada la respuesta.

—¿Para qué?

—Para orinar.

—¿Por qué no pediste permiso al guardián?

Ahí residía el delito. Se podía ir al retrete por la noche —aunque no estaba bien visto—, pero no sin pedir el correspondiente permiso.

El 3117 transformó su rostro en una cuidada máscara de temor y confusión.

—No lo sé. Yo no sé nada. Sólo sé que de pronto me vi allí, orinando, y tuve miedo y volví corriendo a mi litera ¦Supongo que estaría muy dormido y por eso no pedí permiso.

El psicólogo le miraba atentamente, mientras corrían las cintas del ordenador.

—Sabes que yo sólo quiero ayudarte —dijo.

Su visitante se apresuró a asentir varias veces con la cabeza.

—Sí, doctor, lo sé muy bien. Usted está aquí para ayudarnos. Todos los Humanos están aquí para ayudarnos y nuestros guardianes

para protegernos contra nosotros mismos.

Era lo que les repetían continuamente.

Lo había dicho bien y, sin embargo, el psicólogo no le quitaba la vista de encima, como si no hubiera quedado convencido con sus palabras. Pensó si no lo habría dicho demasiado bien.

—¿Tienes algún problema? — le espetó de pronto.

—¡Problema? —simuló no entender el 3117.

Aunque todos los psicólogos eran iguales, ya que se seleccionaba determinado tipo de Humano —los más inteligentes y crueles— para serlo, y a todos se les enseñaban las mismas cosas en los mismos lugares, había diferencias mínimas entre unos y otros. Este sólo hada un año que estaba en la Reserva, apenas salido del Formatorio. Quizá su poca experiencia le hizo creer que su paciente no le había entendido.

—Quise decir si te sientes molesto, excitado o inquieto —aclaró.

El 3117 se sintió animado. Aunque fuera en algo mínimo, había engañado al psicólogo. Porque él entendía perfectamente el significado de la palabra problema.

—No, no —se apresuró a decir—. Tengo todo lo que necesito. Soy feliz.

También eso se lo enseñaban a decir los Humanos.

El psicólogo no contestó. Parecía sumido en sus propios pensamientos —o en sus propias dudas—, y eso, lejos de alegrar, inquietó al paciente.

—Cuénteme qué haces durante el día —pidió por fin el psicólogo.

Le aplicó mientras hablaba un aro metálico en el brazo, conectado a un oscilador. El 3117, que ya había tenido el aro en el brazo otras veces, sospechaba que era alguna extraña manera de saber si él mentía o decía la verdad.

Se explayó en la respuesta, porque nada tenía que ocultar. Durante el día hacía lo que le mandaban, como todos.

Pero de inmediato llegó la pregunta que esperaba y temía.

—¿Y durante la noche?

Ahora tenía que luchar. No sólo contra el psicólogo, también contra su maldito aparato.

—Durante la noche duermo.

—¿Tienes visiones?

La pregunta le cogió desprevenido y no pudo contener un respingo. ¿Visiones? ¿Qué quería decir eso? ¿Visiones era lo mismo que ver? ¿Se refería a sus visitas a la 3892?

Para disimular el mal efecto que su incontrolada reacción tenía que haber producido en el aparato y el psicólogo, en lugar de disimularla, la exageró.

—Tengo miedo —dijo, simulando un temblor de todo el cuerpo.

El interés del psicólogo aumentó visiblemente.

—¿De qué tienes miedo?

—De que pueda tener visiones. Yo sé que las visiones son cosas muy malas.

—Pero ¿las tienes? ¿Ves cosas cuando estás dormido?

Aunque seguía con su temblor exterior, el 3117 se tranquilizó interiormente. Acababa de descubrir que «visiones» era sinónimo de «sueños». Por motivos que él ignoraba, los Humanos tenían un constante temor de que los homoides soñaran, por eso suponía él que les hacían tragar un comprimido todas las noches, antes de ir a dormir.

—No, doctor, nunca he visto cosas dormido —pudo decir sin mentir.

Aunque el psicólogo asintió ante la respuesta, seguía sin parecer satisfecho del todo. La entrevista se estaba alargando más de lo habitual. El 3117 esperaba en silencio, controlando su mente para evitar que apareciera en ella la imagen de la hembra 3892, por temor a que, de alguna manera, se reflejara su imagen en el maldito aparato al que seguía conectado.

Por fin habló el psicólogo.

—No te asignaré ningún castigo —pero el tono de voz no acababa de tranquilizar al oyente—. Volverás a tu trabajo y a tu barracón. Pero... Puede que te llame otra vez alguno de estos días. Una especie de prueba anual, nada más. Que la haremos aquí o en otra parte.

Mientras caminaba de regreso a su barracón, una sola frase martilleaba el cerebro del 3117: «La haremos aquí o *en otra parte*.» Eso significaba que lo sacarían de la Reserva, que lo llevarían lejos y nunca volvería, o que simplemente desaparecería.

Fuera lo que fuese, eso significaba nunca más volver a ver a la hembra 3892.

La idea le resultó tan insoportable, que tomó una decisión: Escaparía. Con ella.

CAPITULO III

Al tomar la decisión, al convencerse que estaba dispuesto a hacerlo, a escapar con la hembra 3892, el joven homoide descubrió con sorpresa que no era nueva en él tan trascendental decisión. Aunque no lo supiera conscientemente, hacía ya mucho tiempo que bullía en su mente la idea de la fuga. De la libertad, aunque desconociera la palabra y su significado.

Pero escapar no era fácil. Que el 3117 supiera, nadie lo había intentado nunca. Más aún: a nadie se le había ocurrido la idea.

Ya estaba en el campo de patatas; aparentemente concentrado en su trabajo, su mente trabajaba a velocidad de vértigo. Desde luego escaparía con la hembra 3892, pero ¿con alguien más? No, había que empezar de distinta manera. ¿Cómo haría para escapar? Por la noche, desde luego. No sería difícil abandonar los barracones sin ser vistos por los guardianes; más lo sería atravesar la barrera de haces luminosos, pero él había visto muchas veces a los Humanos abrirla. No sabía exactamente dónde, pero sí que en algún lugar de un pequeño edificio estaba la forma de abrirla.

Con ser difícil, esto no era lo peor. ¿Qué harían una vez estuvieran fuera de la Reserva? Según lo poco que se les había dicho, una inmensa extensión de nieve y desierto rodeaba el lugar por tres partes.

Por tres, pero había una cuarta. El mar. Como si estuviera, no elaborando sobre la marcha, sino recordando algo aprendido desde mucho tiempo atrás, el 3117 decidió que escaparían por mar, apropiándose de una de las tantas naves pesqueras de la Reserva.

¿Quién conduciría la nave? Ni él ni —que supiera— la 3892 habían estado nunca en las faenas de pesca. Por supuesto que las naves estaban totalmente automatizadas y lo poco que había que hacer, corregir posiciones en el ordenador o imprevistos cambios de rumbo, lo hacía el robot especializado que llevaba cada nave, pero, de todos modos, quien hubiera estado en una de ellas sabría más que él mismo y seria de gran utilidad. Por ejemplo, para decidir el rumbo a tomar.

El 3119... El había estado asignado a las faenas de pesca hasta

poco tiempo antes. ¿Querría escapar? Era cuestión de hablar con él.

¿Y por qué no con el 3115? Durante tantos años habían estado los tres unidos por la vecindad de sus literas...

Después de la comida se permitía a los homoides media hora de descanso. Ese era el momento para hablar.

¿Y con la 3892? Era imposible siquiera pensar en aproximarse a ella. Intentarlo equivaldría a hacer fracasar el plan mucho antes de ponerlo en marcha. El 3117, a quien estos pensamientos empezaron preocupándole, pronto cambió preocupación por alegría. Confiaba en la 3892. Estaba seguro que, no bien se lo propusiera, ella aceptaría ir con él.

Antes había que hablar con los otros.

* * *

—¿Escapar? ¿Quieres decir irnos de la Reserva para siempre?

—Sí, eso quiero decir.

—Nos destruirán.

—Si nos cogen; pero si logramos que no nos encuentren nunca, viviremos como queremos vivir. Si cultivamos patatas, serán para nosotros. Si pescamos, nosotros comeremos los peces. Y decidiremos si queremos trabajar o dormir. Y si se nos ocurre levantarnos en medio de la noche, no tendremos que pedir permiso al guardián porque no habrá guardianes.

Hubiera querido decir: «Y si yo deseo tocar a la hembra 3892, podré hacerlo», pero prefirió no hablar de eso. Estaban en el patio común a varios barracones y hablaban en voz muy baja, aunque el guardián más próximo estaba a una docena de metros de ellos.

El 3115 y el 3119 habían recibido la oferta del 3117 con estupor, pero no la habían rechazado de plano.

—Aquí tenemos comida asegurada y nos cuidan cuando estamos enfermos —opuso el 3115.

—Nos curan para que podamos seguir trabajando para ellos —replicó el 3117—, Somos como animales, no tenemos nada que nos pertenezca. Incluso los animales tienen a sus hijos cuando son pequeños y el macho y la hembra están juntos. Aquí machos y hembras estamos separados.

—Los animales producen sus hijos ellos mismos, como los

Humanos. Pero nosotros no somos capaces de hacerlo. Sólo los doctores humanos pueden producir niños homoides.

El 3117 nunca había pensado en ello, pero ahora simuló tener ideas claras al respecto, para convencer al 3115.

—Pues yo te digo que eso no es cierto. Los homoides podemos producir nuestros propios hijos igual que lo hacen los Humanos y los animales —afirmó.

Los otros lo miraron asombrados.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues... Lo sé —cambió de tema porque no se podía perder tiempo—. Tú has trabajado en las faenas de pesca, has viajado por el mar, ¿conoces algún lugar al que podamos ir? — preguntó al 3119.

El interrogado meneó la cabeza.

—No... —contestó, aunque no parecía del todo convencido—. Yo nunca he visto otra tierra que ésta. Hay mucha bruma en el mar, no se ve muy lejos. Pero...

—¿Pero?

—En las naves, donde está el robot que las conduce, hay pantallas de visión, yo estuve allí una vez; en las pantallas aparece el mar y también tierras desconocidas. No sé...

—¿Lo veis? —se entusiasmó el 3117—. ¡Hay otras tierras! Puede que allí ni siquiera existan los Humanos. Allí podremos vivir los cuatro y hacer lo que nos plazca...

—A mí me gustaría volver a andar sobre el mar... —manifestó el 3119, como si hablara consigo mismo.

—A mí me da igual irme o quedarme —murmuró el 3115.

—Entonces queda decidido —concluyó el 3117—. Nos escapamos los tres... Los cuatro —se corrigió de inmediato.

—¿Crees que la hembra tres mil ochocientos noventa y dos querrá venir con nosotros?

—Sí, sí, claro que sí.

Sonó la sirena que anunciaba la vuelta al trabajo. Los tres se pusieron en marcha para formar junto con los demás.

—¿Cuándo nos escaparemos? —preguntó el 3119, en un susurro.

—Esta noche.

Los otros lo miraron entre la sorpresa y el miedo, pero nada dijeron.

* * *

—Ahora.

El 3117 había calculado exactamente el momento para disponer de la máxima cantidad de tiempo posible hasta que el guardián diera la vuelta y pudiera verlos.

Como habían convenido, dejaron sus literas junto a ella cuando el robot aún no había iniciado el regreso, así que pudieron salir al exterior sin problemas. Los cálculos de tiempo se demostraban exactos.

El patio, como siempre, estaba sin vigilancia. Llegaron frente a la puerta cerrada del barracón de las hembras.

—Esperadme aquí —dijo el 3117 a los otros.

En sus frecuentes visitas, había desarrollado hasta tal punto el sentido de la audición, que podía escuchar los pasos del robot cuando se aproximaba a la puerta. Esperó a que se alejara, abrió y entró.

Como ocurría siempre, la hembra 3892 le esperaba despierta.

—Hoy vengo a decirte...

De pronto, lo que le había parecido tan fácil le resultaba imposible de decir. ¿Cómo pedirle que se expusiera a ser destruida (sólo pensarlo le produjo un estremecimiento) porque a él lo iban a sacar de allí y no quería dejar de verla?

Decidió que exactamente así sería como lo dijera.

—Me van a sacar de aquí —ella le miró horrorizada—, y no quiero dejar de verte. Quiero que vengas conmigo. También vendrán el tres mil ciento quince y el tres mil ciento diecinueve.

—¿Adónde? —fue lo primero que pudo articular la hembra.

El sonrió para animarla. Siempre lo hacía, desde que ella le enseñara a hacerlo.

—Embarcaremos en una nave de pesca y nos iremos a una tierra lejana que el 3119 conoce. Allí haremos lo que queramos —acentuó su sonrisa, acercando más su cara a la de ella—, Y estaremos siempre juntos —concluyó.

Ella le miró, pasando del temor a la sorpresa y concluyendo con una sonrisa. El no se atrevía a hacerle la pregunta definitiva, pero ella le dio la respuesta antes de que la formulara.

—Iré contigo —dijo simplemente.

Como siempre, la conversación se había interrumpido un par de veces por culpa del guardián, y ahora el 3117 tuvo que esperar bajo la litera que el robot se alejara.

Cuando llegó el momento de marchar, él se encargó de arreglar la litera de forma que engañara al vigilante.

Se reunieron sin inconvenientes con los que esperaban fuera. Los tres se miraron con sorpresa, pero la 3892 les sonrió y ellos empezaron a aprender a sonreír.

—Mucho cuidado ahora —pidió el 3117, encabezando la marcha hacia la caseta desde la que él sabía que se podía abrir la cortina de haces luminosos.

Le esperaron fuera los otros mientras él se introducía en la pequeña construcción. Allí no había ni Humanos ni guardianes, sólo muchos paneles con teclas, y algunos aparatos extraños, que el 3117 jamás viera.

Sobre el panel principal había un visor no muy grande, rodeado de otros todavía más pequeños. Todos mostraban sectores de la cortina de haces luminosos que cerraba totalmente el perímetro de la reserva. El visitante decidió que allí tenía que estar la forma de abrir un hueco por donde escapar.

Miró con atención las teclas del panel, sobre cada una de ellas estaba impresionado un número o una letra, o ambos. Pero todo esto era incomprensible para él. Pensó que tendría que ser muy simple abrir la cortina, ya que los Humanos lo hacían cien veces al día.

Empezaba a sentirse nervioso. Aunque no había guardianes en los patios por la noche, algún Humano podía aparecer por allí. Aunque el brutal frío reinante —27° bajo cero-no invitaba a realizar paseos.

Había una tecla roja y, junto a ella, otra verde. Ambas destacaban de las demás por ser las únicas de esos colores y habían despertado su atención desde que mirara el panel por primera vez. En especial, le sorprendía el distinto efecto que cada una de ellas le producía. La roja aumentaba su nerviosismo. en tanto la verde le hacía sentirse mejor.

No podía seguir perdiendo tiempo. Oprimió la verde.

Empezaba a ver abrirse la cortina de haces luminosos en el visor principal, cuando el 3119 apareció en la puerta, que había dejado abierta.

—La cortina se está abriendo —anunció, excitado, el recién llegado.

—¡Vamos!

Salieron al exterior y, a la carrera, atravesaron el hueco y, por primera vez, tuvieron, o empezaron a tener, conciencia de lo que estaban haciendo. Lejos de asustarle, eso les dio más ánimo.

—Seguidme, iremos a las naves —indicó el 3119, sin dejar de correr.

El 3117, volviendo la cabeza, vio que el hueco en la cortina no desaparecía, y eso era peligroso, porque los Humanos no tardarían en descubrirlo, pero nada podía hacer por remediarlo. Si había una forma de cerrarlo desde fuera, él no tenía tiempo de buscarla. Dejó de pensar en ello, y corrió con los demás.

El puerto, con sus filas de naves pesqueras amarradas una junto a otra, estaba muy cerca, a unos trescientos metros, del lugar de la reserva por el que salieron. Llegaron a él sin problemas. No había Humanos ni robots a la vista.

—Todas las naves son iguales —comentó el 3119—; embarcamos en la más próxima. —Y señaló a la primera, que estaba a una veintena de metros de ellos.

Sintiendo que sus emocionados corazones amenazaban con salírseles del pecho, tos cuatro ascendieron a ella por una estrecha escalerilla. Temiendo que la 3892 cayera a las negras aguas, el 3117 h cogió de la mano para ayudarla a subir. El contacto fue para los dos como una descarga del aparato que el psicólogo utilizaba para controlar su cerebro, pero, a diferencia de aquél, esta descarga era muy agradable.

El 3119 guió a los otros hasta una cabina con muchos aparatos muy complejos.

—Aquí es donde el robot gobierna la nave —dijo.

—¿Sabrás gobernarla tú? — preguntó el 3117, mirando con atención los aparatos.

—Lo intentaré.

Había que esperar, así que el 3117 fue hasta donde la 3892 esperaba, apoyada contra la mampara de la cabina. La halló más hermosa que nunca, aunque su traje térmico suavizaba hasta hacerlas casi desaparecer esas curvas que tanto lo excitaban. Recordando la deliciosa sensación que le provocara el contacto con

la mano de ella, volvió a prendérsela, y los dos sonrieron al unísono.

—Es bueno estar juntos —murmuró él.

—Sí, es muy bueno —contestó ella.

Estuvieron así durante unos segundos, mirándose en silencio, unidos de la mano y sonriendo. Después advirtió ella:

—Ha sido muy fácil salir de la Reserva, ¿por qué ha sido tan fácil?

El no esperaba tal pregunta, así que tuvo que meditar la respuesta; por fin dijo:

— Pienso que ha sido tan fácil porque los Humanos no creían que ninguno de nosotros fuera capaz de intentar escapar.

El 3119 se volvió hacia ellos.

—Creo que sé cómo poner en marcha la nave —manifestó.

El anuncio fue recibido con gritos de alegría.

Y, en efecto, de inmediato un suave ronroneo comenzó a oírse.

—¿Qué es eso? —se alarmó el 3115.

—El generador que ha empezado a funcionar —respondió el 3119—, Nos estamos poniendo en marcha.

El 3117 iba a hablar, pero un sonido agudo y creciente cerró su boca.

—¡La alarma! —gritó el 3119—, ¡Han descubierto nuestra fuga!

La nave comenzó a alejarse lentísimamente del muelle, tras haberse recogido automáticamente las amarras.

—¿Nos perseguirán? — preguntó, inquieta, la 3892.

—Supongo que lo harán —dijo el 3117—, pero nosotros escaparemos igual.

—Ellos son superiores...

—No, no lo son.

La nave aumentaba lentamente su velocidad. El puerto y sus luces se alejaban, en tanto ellos se adentraban en la niebla.

—Los Humanos tienen aparatos que pueden encontrar naves aunque haya mucha niebla —dijo el 3119—. No sé si podremos escapar de ellos.

—Sí, podremos —repitió el 3117 con entusiasmo—. Ellos no son superiores. Hasta puede que nosotros seamos Humanos como ellos.

Por un instante, los otros tres lo miraron asustados.

No habían sentido miedo al escapar, ni ahora que se exponían a una segunda destrucción, si les cogían, pero llegar a creerse

Humanos...

CAPITULO IV

—No tengas miedo —recomendó el 3117 a la 3892, soltándose de su mano—. Iré a ayudar al tres mil ciento diecinueve.

Este vigilaba los paneles que tenía ante sí, pero se le notaba nervioso y hasta asustado.

—¿Qué temes? — le preguntó el recién llegado.

El otro abarcó con un gesto de impotencia el complejo instrumental.

—Todo esto —dijo—. He podido poner en marcha la nave y dirigirla hacia allí —señaló una tierra que se veía del otro lado de un brazo de mar, en el mapavisor—, pero no sé hacer otra cosa.

—Ya has hecho mucho —le animó el 3117—, y yo te ayudaré a partir de ahora.

Empezó a mirar los aparatos e instrumentos. Hizo varias preguntas al otro y empezó a manipular por su cuenta. Al oprimir un botón, se iluminó un visor y dos naves mucho más grandes, al parecer, que la de ellos, apareció en é!.

—Esas son naves que han salido a perseguirnos —señaló el 3119.

El 3117 pensó durante unos instantes y después dijo de repente:

—Hay que avanzar en zigzag.

El otro se le quedó mirando.

—¿Qué has dicho? No te entiendo.

El 3117 se inmovilizó, él también sorprendido.

—Sí, ¿qué he dicho? —repitió, como para sí mismo—. Avanzar en zigzag...

Como si la luz se hubiera hecho en su cerebro, se enfrentó al panel principal y oprimió dos teclas. De inmediato, la nave comenzó a avanzar en zigzag.

—Así nos libraremos de los que nos siguen —dijo a su asombrado compañero.

—¿Cómo sabías eso? — preguntó éste.

El 3117 b miró fijamente, casi como si le asustara lo que iba a decir.

—No lo sé —confesó—. Fue como... Como si me saliera de dentro.

—Lo importante... —empezó el 3119, pero una inesperada voz que llenó la cabina de repente le hizo refugiarse en un atemorizado silencio.

Porque la voz que llenaba la cabina, saliendo nadie sabía de dónde, era la del psicólogo.

—Tres mil ciento diecisiete —estaba diciendo—, sabemos que tú eres el que ha organizado esta tontería. Pones en peligro tu vida y la de tus compañeros y eso es muy grave. Pero no te asustes, sabes que los Humanos sólo queremos vuestro bien. Vuelve de inmediato y tus compañeros no serán castigados; podrán volver tranquilamente a sus barracones y seguir durmiendo en paz. Tampoco tú serás castigado, tres mil ciento diecisiete, pero comprenderás que necesitas asistencia psiquiátrica. Tu cerebro no está del todo bien. Nada grave, claro. Sólo unas semanas en un centro de readaptación situado en un lugar muy hermoso y te pondrás bien. Pero tenéis que volver de inmediato porque, si no lo hacéis, nos veremos obligados a castigaros. Si lo quisiéramos, ahora mismo podríamos destruir la nave que habéis robado, con vosotros dentro. Dad media vuelta ahora mismo; os estamos esperando con una buena bebida caliente.

La voz calló, y los cuatro se miraron. El primero en hablar fue el 3115.

—Dice que no nos castigarán...

—¿Cómo sabemos que es verdad? —interpuso el 3117—. Hacen desaparecer a nuestros compañeros por cosas muy pequeñas. ¿cómo no van a castigarnos por haber intentado escapar?

El 3119 iba a intervenir, cuando inmovilizó a todos la reaparición de la voz del psicólogo.

—El tres mil ciento quince tiene razón, tres mil ciento diecisiete — decía, con su tono persuasivo de siempre—. No habrá castigos para nadie. Podéis creerme, sabéis que yo siempre os he dicho la verdad y procurado lo mejor para vosotros.

Un terror irracional se apoderó del 3115.

—¡El psicólogo está aquí, en la nave! —comenzó a gritar—. ¡Los Humanos son todopoderosos, nada podremos contra ellos!

Comprendiendo que tenía que cortar ese brote de pánico porque el 3119 empezaba a dar muestras de inquietud, el 3117 se abalanzó sobre el panel principal, oprimiendo teclas al azar.

—Tu actitud demuestra lo enfermo que estás, tres mil ciento

diecisiete —dijo de inmediato el psicólogo—. No expongas a más peligros a tus compañeros, regresa con nosotros y te curaremos.

—¡Está en la nave! —repetía el aterrorizado 3115, mirando para todas partes.

—Tal vez deberíamos volver —arriesgó con algo de vergüenza el 3119.

—Estás solo, tres mil ciento diecisiete —volvió a decir el psicólogo—. Tus compañeros quieren...

Y la voz desapareció. Radiante, el 3117 se volvió a los otros.

—¿Habéis visto? —les dijo—. ¡He oprimido esta tecla —la señaló— y la voz del psicólogo ha desaparecido! ¡No está en la nave —dijo el 3115—, habla desde su Hospital por medio de algún aparato que también le permite vernos! ¡Pero ahora ya no nos puede ver él, como no le podemos oír nosotros!

Hizo una pausa y después, más calmado:

—¿Sabéis qué os digo? —Sus compañeros le miraron, el 3115 y el 3119 un tanto avergonzados, y la 3892 con un brillo especial en sus ojos—. Que los Humanos no pueden destruir esta nave. Y más aún: que no pueden alcanzarnos.

El 3119 echó una ojeada al visor.

—Las naves que nos seguían están más lejos y no en nuestra ruta —comentó, con tono de asombro.

—¿Lo veis? —se entusiasmó el 3117—, Por eso han hecho que nos hablara el psicólogo, porque no pueden darnos caza. Querían engañarnos con falsas promesas de no castigarnos, para obligarnos a volver. —Miró a los otros—, Pero yo creo que no debemos volver —hizo una pausa, como esperando una respuesta.

Y la obtuvo de inmediato de la 3892.

—Yo quiero seguir contigo —dijo.

—También yo —agregó el 3119.

—Y yo —completó el 3115.

—Bien, entonces sigamos adelante. —El 3117 se volvió al antiguo pescador—. ¿A qué distancia crees que estamos de la otra tierra?

El interrogado consultó varios indicadores y el mapavisor.

—En poco más de una hora llegaremos anunció.

—Excelente —se entusiasmó el 3117—. Entonces tú seguirás gobernando la nave y los demás revisaremos la nave en busca de

alimentos, abrigos, y todo lo que pueda útil en tierra.

Más o menos en el lapso de tiempo que anunciara 3119, arribaron a tierra. Una tierra tan helada como la que acababan de dejar, pero donde no había Humanos a la vista.

—Esto es como una pequeña casa —había dicho el 3117. cuando vieron en la bodega de la nave una gran caja cuadrada que con gran esfuerzo bajaron a tierra.

Muy pronto la armaron, siguiendo las instrucciones del 3117. y tuvieron un recinto confortable en el que descansar y donde distribuyeron todo lo que bajaran de la nave.

Cuando estuvieron instalados y confortablemente sentados sobre el piso térmico, preguntó el 3119 al 3117:

—¿Cómo sabías que esto era una casa?

El aludido no deseaba que le hicieran esa pregunta, pero se enfrentó a ella.

—No sé —confesó—, fue como cuando lo de «avanzar en zigzag». Es como si una voz en mi interior me lo dijera.

—¿Quieres decir que hay alguien dentro de ti? —empezó a inquietarse el 3119.

—No, no. Es... Como si lo supiera desde siempre.

Quería cambiar de tema porque ése, por ignorados motivos, le inquietaba, y también había algo que se le había ocurrido durante la navegación y quería decir de inmediato. Miró con dulzura a la 3892.

—Tú vas a tener un nombre —le anunció.

Ella le miró, confiada pero con asombro.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Que nunca más te llamaré por tu número —miró a los otros dos—. Tampoco a vosotros. Todos tendremos nombres.

—¿Qué son «nombres»? —preguntó el 3115.

—Algo que tienes tú y sólo tú. Como los Humanos.

—¿Quieres decir que seremos doctor, psicólogo y todo eso? —preguntó el 3119.

—No. no —explicó el otro—. Esos no son sus nombres. Eso es lo que ellos hacen. Como tú, que eres recolector de patatas, y antes fuiste pescador. Pero cuando los Humanos hablan entre ellos no se llaman doctor o psicólogo, se llaman por sus nombres. Yo los he oído. Y ahora cada uno de nosotros tendrá su nombre y nunca más será un número.

—¿Y cómo son esos nombres? —quiso saber la 3892.

El 3117 la miró con dulzura.

—Hay muchos y muy distintos —dijo—, pero yo he elegido uno para ti.

—¿Cuál es?

—Nila.

—Nila... Nila... —ella lo repitió varias veces con voz suave—. Sí —dijo por fin, mirándole con ojos brillantes—, seré Nila para ti.

—Y nosotros —preguntó el 3115—, ¿cómo nos llamaremos?

—Tú —respondió de inmediato el 3117— te llamarás Telo y tú —dijo al 3119—, Cor.

—¿Y cómo te llamarás tú? —le preguntó el recién bautizado Cor.

—Yo, pues...

Y Nila dijo de improviso:

—Man. Tú te llamarás Man.

* * *

—Están aquí el representante y el psicólogo de Kamchatka, señor.

—Que pasen.

Los visitantes entraron con aire de inseguridad provinciana. Todos, aunque no vinieran de Reservas marginales, aunque fueran funcionarios de la capital, entraban así en el despacho del Benefactor.

Porque era el amo de la Tierra por el cargo que ostentaba, y también porque este Benefactor era un hombre duro, implacable, que no admitía errores en sus subordinados porque no se los permitía él mismo. Porque nunca los cometía. Porque era perfecto.

—Señor...

—Pasen. Siéntense.

El Benefactor no estaba solo. Sus ministros de Bienestar y Protección le acompañaban, lo que rubricaba la extrema gravedad del caso. La presencia de estos temidos funcionarios no contribuyó precisamente a tranquilizar a los recién llegados.

—Conozco perfectamente los hechos, pero quiero que ustedes me los repitan —ordenó el Benefactor, siguiendo su costumbre de abordar los asuntos directamente.

Decía que era para no perder tiempo, pero en realidad lo hacía para evitar charlas personales que pudieran derivar en acercamientos afectivos que él rechazaba. No tenía amigos. No tenía afectos. Era el Benefactor.

El representante miró al psicólogo, pero éste se limitó a devolverle la mirada. El responsable de la Reserva Kamchatka se decidió a hablar.

—Hace dos noches, siendo las veinti...

—Ahórrese los detalles horarios y de circunstancias.

—Sí, señor. Sonó la alarma total y de inmediato pudimos comprobar que había una abertura, la principal, en la cortina. La cerramos y ordenamos concentración. Del barracón...

—No me interesa el número del barracón.

—De uno de ellos faltaban tres homoides machos y de otro, una hembra. Pusimos en marcha el dispositivo de detección y averiguamos que habían robado una nave de pesca. Dos naves de combate salieron en su busca, pero los prófugos, ignoramos cómo, lograron desorientarles y salir de sus visores. Tuvimos que abandonar la búsqueda.

—¿Qué más hicieron?

—Al comprender que les perderíamos, pedí al psicólogo que les hablara, buscando que regresaran por su propia voluntad.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—El psicólogo les prometió que no habría castigo.

El Benefactor pareció agrandarse, lo que hizo que el representante se sintiera empequeñecido.

—¿Que no iba a haber castigos? ¿La primera fuga en más de un siglo y no iba a haber castigos?

— Por supuesto, no pensábamos cumplir la promesa, señor.

El Benefactor no contestó, y el otro creyó que podía seguir hablando.

—A media mañana de ayer nuestros detectores multivariables lograron descubrirlos...

—¿Dónde están?

—No hicieron más que cruzar una franja de agua. Están en tierra firme, no muy lejos de la Reserva de Magadan. Podríamos haberles cogido, pero recibimos su orden...

—Hay que apresarlos, desde luego, pero eso no es lo más

importante. Lo que realmente importa es saber cómo homoides con líneas cerebrales casi horizontales pueden haber hecho algo así. ¿Qué pueden decirme?

Esta vez el psicólogo aceptó la mirada del representante y tomó la palabra.

—Son cuatro homoides, señor, tres machos y una hembra, pero estoy absolutamente seguro que todo el plan fue concebido y dirigido en su ejecución por uno de los machos, el número tres mil ciento diecisiete.

—¿Por qué lo cree así?

—Los otros dos machos tienen calificación cero; la hembra, uno, pero eso no significa nada. En cambio, el tres mil ciento diecisiete estaba calificado con un dos por mi antecesor, y yo me disponía...

—¡Se «disponía»! No me venga con excusas, por favor. Si se «disponía» a calificarlo con tres, para que fuera destruido, ¿por qué no lo hizo?

—Porque no me dio tiempo, señor.

El Benefactor le miró, momentáneamente sorprendido.

—No entiendo lo que quiere decir.

—La misma mañana de la fuga fue llevado a mi presencia porque la noche anterior fue descubierto por un guardián cuando regresaba a su litera. Me dijo que había ido a las letrinas.

—Ya conozco todo eso.

—Bien, pensaba trasladarlo a un centro primero para recalificación, pero no tuve tiempo. Se fugó esa misma noche.

—¿Usted le dijo algo que le permitiera a esa homoide sospechar que iba a ser trasladado?

El psicólogo se mordió el labio inferior y a continuación admitió:

—Pues... Sí. Le dije que se le harían algunas pruebas en otro centro.

—Y esa misma noche él escapó, incluyendo una hembra en su fuga. —El Benefactor miró al otro directamente a los ojos—. Como psicólogo, ¿qué deduce usted de todo eso?

—Señor, es imposible...

—¿Qué deduce?

—Si se tratara de un Humano.

—¡Se trata de un homoide! ¿Qué deduce?

El psicólogo, como antes el representante, pareció encogerse.

Hasta tos ministros se movieron inquietos en sus asientos.

—Señor... Habría que deducir que el tres mil ciento diecisiete se escapó con la hembra... —consultó un papel que tenía en la mano— la hembra tres mil ciento ochocientos noventa y dos porque estaba... interesado...

—¿Qué significa «interesado»?

—Enamorado, señor. Y que llevó a los otros dos machos porque eran sus vecinos de litera y, posiblemente, sintiera afecto...

—¿«Sintiera afecto»? ¿«Enamorado»? ¿Es que los homoides pueden tener sentimiento y hasta enamorarse?

—Por supuesto que no, señor.

—¿Entonces?

El psicólogo abrió sus manos, mostrando al Benefactor sus palmas, en señal de rendición.

—¿No tiene usted ninguna explicación al respecto?

—No... Porque la única...

—Entonces tiene una. Quiero saberla.

—No, señor, no es una explicación. Es una hipótesis de trabajo, pero totalmente absurda...

—Quiero saberla.

—Bien... La conducta del tres mil ciento diecisiete sólo podría explicarse si... si no fuera un homoide. Pero claro que lo es. Nació en la Reserva Kamchatka, de madre homoide, que acababa de ser trasladada de otra reserva, no recuerdo cuál, pero todo está en el informe. Es decir que de ninguna manera puede haber sido concebido por unión intersexual humana...

El Benefactor volvió a interrumpir al psicólogo, pero esta vez su voz era más baja y ronca.

—¿Qué edad tiene ese tres mil ciento diecisiete?

El psicólogo lo miró, algo sorprendido, consultó sus notas, y repuso:

—Veinticuatro años, señor.

Hubo un silencio por parte del Benefactor que sorprendió a todos, después el amo de la Tierra dijo:

—Actúen sobre ellos de inmediato. Destruyan a los otros, pero tráigame vivo a ese tres mil ciento diecisiete.

Cuando sus visitantes llegaban a la puerta, el Benefactor los detuvo con su voz.

—No, tráiganme a la hembra también. Quiero conocer a la hembra homoide que es capaz de «enamorar» a un macho homoide —concluyó, como si quisiera justificarse por la solicitud.

CAPITULO V

Nila y Man durmieron abrazados esa primera noche y, al despertar, los dos coincidieron en que el estar tan juntos les proporcionaba un calor mayor y más agradable que el de los trajes térmicos y los soles artificiales. Decidieron seguir durmiendo siempre así.

Durante el día siguiente los cuatro realizaron excursiones exploratorias, pero el terreno era muy quebrado lo que, junto con la nieve, hacía difícil el andar. Al caer la noche, reunidos todos en la tienda, Man empezó a explicar ideas que se le estaban ocurriendo.

—Yo sólo quería escapar de la Reserva para que no me separaran de Nila, pensaba en mí pero no en los demás. Ahora es distinto. Hemos visto lo fácil que es escapar, hemos visto que los Humanos no son superiores a nosotros, ya que podemos engañarles y vencerles; y hasta es posible que nosotros mismos seamos Humanos...

—No lo creo, Man —opuso Otelo—. Los Humanos saben mucho, tienen los hospitales y los guardianes...

—¿Cuántos ojos tienen los Humanos? —le interrumpió Man.

—Dos.

—¿Y nosotros?

—Dos.

—Y lo mismo podría decirte de los brazos y de las piernas. Tenemos voz y hablamos como ellos... De no ser por las ropas, ¿se podría diferenciar un Humano de un homoide?

—Pues... no.

—¿Lo ves? Dices que ellos saben mucho y que tienen los hospitales y los guardianes, de acuerdo, pero eso sólo prueba que son más fuertes que nosotros, no que Sean superiores o distintos.

Los otros tres le miraban atónitos, y él mismo se asombraba de lo que estaba diciendo. Llegó a preguntarse si todas esas ideas no le vendrían a la mente por haber estado abrazado a Nila la noche anterior.

Cuando menos, era evidente que junto a la chica se sentía más fuerte.

Siguió exponiendo sus nuevas ideas.

—Os decía que sólo pensaba en estar con Nila cuando planeé escapar, pero ahora pienso en los demás.

—¿Los demás? — pidió aclaración Cor.

—Me refiero a todos los demás. A todos los homoides —sus amigos le miraban interrogantes—. Quiero decir que también ellos podrían escapar. No, no es eso. Mejor aún que escapar sería rebelarse.

—¿Qué significa rebelarse? —preguntó Nila, apoyada por los oíros dos.

La pregunta de la chica hizo recapacitar a Man. ¿De dónde había sacado él esa palabra y cómo podía conocer que significaba luchar contra los que dominan? La enseñanza mínima que los Humanos concedían a los homoides —Ia llamada Basic— no hacía la menor referencia a «rebeliones», sólo hablaba de obediencia.

—Rebelarse significa luchar contra los Humanos —simplificó—. Para vencerlos y hacer lo que queremos. Ser libres —le dictó una voz interior.

—¿Libres?

—Sí. No tener guardianes y hacer lo que nos plazca.

—¿Como hacen los Humanos?

—Sí, eso. Como hacen los Humanos.

—Eso es imposible —negó Cor—. Nosotros pudimos escaparnos porque nadie se había escapado antes y los Humanos estaban seguros de que nadie se escaparía, pero ahora estarán alertas y nadie más podrá escaparse.

—¿Cuántos guardianes había en la Reserva? —preguntó Man, sin desanimarse.

—Cincuenta.

—¿Cuántos Humanos?

—No lo sé. Unos veinte.

—¿Y cuántos homoides?

—Cinco mil.

—¿Tú crees que cincuenta guardianes, que no son más que estúpidos robots, y veinte Humanos pueden vencer a cinco mil?

—Los Humanos tienen la Fuerza.

—Y los homoides pueden quitársela y tenerla ellos.

—Pero hay que saber cómo funciona.

—Yo sé cómo funciona.

Los otros le miraron en silenciosa sorpresa y él mismo quedó callado. Otra vez se preguntaba «¿Por qué he dicho eso? ¿Cómo puedo yo saber cómo funciona la Fuerza, si nunca he tenido una Fuerza en mis manos?»

Pero no tradujo sus dudas en palabras, lo que dijo fue muy distinto:

—Si todos nos unimos podremos ser libres. Todos libres. Quiero decir que también los Humanos podrán vivir con nosotros.

—Los Humanos nunca serán como nosotros porque tienen la Fuerza — insistió tozudamente Cor.

—Pues nosotros se la quitaremos —cortó Man—. Mañana idearemos un plan.

Nila le sonreía.

* * *

Esa noche ella y Man volvieron a dormir abrazados y al día siguiente el joven, lleno de entusiasmo, empezó a desarrollar su plan.

—En la nave regresaremos a la Reserva...

—¿Regresar a la Reserva? —se inquietó Telo.

—Sí. Por la noche. Los Humanos no esperan que volvamos, así que les cogeremos desprevenidos. Alguna forma habrá de abrir la cortina desde fuera, la encontraremos y entraremos. Sé dónde guardan la Fuerza, nos apoderaremos • de ella y destruiremos a los guardianes. Los Humanos no podrán luchar y se entregarán a nosotros. Entonces iremos a los barracones y les diremos a los homoides que son libres.

—Los Humanos de la capital enviarán más Fuerza contra nosotros.

—Y nosotros volveremos a vencerles.

Seguían discutiendo el plan cuando un rayo de la muerte quemó toda una pared de la tienda. Por la abertura irrumpieron dos guardianes dirigidos por el jefe de Bienestar de la Reserva Kamchatka. Los tres empuñaban pistolas lanzarrayos.

Cuando los prófugos aún no se habían repuesto de la sorpresa, el jefe de Bienestar disparó primero contra Cor y después contra Telo. Los dos quedaron automáticamente desintegrados.

Instintivamente, Man cubrió con su cuerpo a Nila, pero los intrusos no volvieron a hacer uso de la Fuerza.

—Venid con nosotros, no os haremos daño —dijo el jefe a la pareja.

Horrorizado como su compañera por el trágico fin de sus amigos, sin la menor Fuerza en sus manos y, por encima de todo, temiendo que un intento de resistencia por su parte significara la desintegración de Nila, Man prendió la mano de la muchacha y sal» con ella de lo que quedaba de la tienda.

Posada sobre la nieve, a unos cientos de metros de distancia, los asombrados ojos de la pareja vieron una gran nave voladora, mucho más grande que las que con cierta frecuencia llegaban a la Reserva Kamchatka. Al verla, a Man se le ocurrió pensar que no los llevarían a ella.

¿Adonde, entonces?

¿Y por qué 110 los habían desintegrado a ellos, como hicieron con Telo y Cor?

* * *

—Acaban de comunicarnos que los prófugos han sido capturados. Siguiendo sus órdenes, señor, los números tres ciento quince y tres mil ciento diecinueve fueron desintegrados...

—¿Y el tres mil ciento diecisiete?

—Nada se le hizo, al igual que a la hembra tres mil novecientos ochenta y dos. En estos momentos les llevan a la nave, a la espera de sus órdenes.

—Que los traigan aquí.

—¿Aquí? ¿A su residencia de campo, señor?

—Eso he dicho, ¿no?

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

* * *

Nila y Man fueron sacados de la nave. No se los trataba peor que en la Reserva y eso animaba algo al joven. No dudaba que, tras ser estudiado por el psicólogo, a él lo destruirían, pero abrigaba esperanzas de que a Nila la devolvieran a la Reserva sin castigarla.

Lo primero que le sorprendió al descender de la nave fue el blando colchón de verde hierba que se esponjaba bajo sus pies. No sólo no les habían llevado a la Reserva Kamchatka, sino que estaban muy, muy lejos de ella. Nunca, ni en pleno verano, se veía hierba como ésa en Kamchatka.

Tomó la mano de Nila que, con expresión de temor, caminaba a su lado. De inmediato se serenó el rostro de ella; volviéndose a él, sonrió y, en un murmullo apenas audible, dijo: «No tengo miedo estando contigo.» El, oprimiendo aún más la mano femenina, se sintió seguro de sí mismo.

Se encaminaban a una construcción amplia y que a Man le resultó bella y acogedora. Decidió que eso no podía ser una Reserva; no hacían tan bonitos sus edificios. ¿Sería un hospital?

Aún para ser hospital parecía demasiado bueno.

Como si leyera sus pensamientos, el jefe de Bienestar de la Reserva Kamchatka, que les guiaba, dijo:

—Estamos en la residencia de campo del Benefactor; él mismo se dignará recibiros.

Un ramalazo de temor corrió por la espina dorsal de Man. El Benefactor... El Humano más poderoso entre todos los Humanos, iba a recibirlos a ellos. Miles de veces lo habían visto en las pantallas de la totalvisión, repitiendo que los homoides eran los más felices entre todos los seres vivos que poblaban la Tierra, porque eran los únicos que no tenían que pensar ni tomar decisiones. «Porque aquí estamos los Humanos dispuestos a pensar y tomar decisiones y a velar por nosotros, a cuidaros paternalmente, podéis vosotros ser felices. Agradeced a los Humanos de vuestras Reservas, y hasta a los guardianes...»

Los introdujeron por una puerta de servicio. Atravesaron con ojos dilatados por el asombro una inmensa cocina, donde varios robots preparaban todo tipo de comidas, un pequeño comedor de servicio, varias dependencias más y, por fin, les hicieron entrar en una habitación con dos camas, una pequeña mesa, un armario empotrado y unas sillas. «Pronto vendremos por vosotros», dijo el jefe de Bienestar, y se marchó cerrando la puerta.

Man probó de abrirla, sólo para comprobar que no era posible.

Sentada al borde de una de las camas, Nila lo miraba como esperando recibir de él el apoyo que necesitaba. Man. sonriéndole,

se sentó junto a ella, prendiéndole ambas manos.

—No tengas miedo --exhortó—. No nos harán ningún daño.

—Han destruido a Cor y a Telo...

—Sí, ha sido horrible, eso ha servido para terminar de convencerme de la necesidad de rebelarnos...

—Calla, por favor, pueden oírte.

—Sí, tienes razón —siguió hablando con la boca pegada al oído de ella—. Así no podrán oírme. Al destruir a nuestros amigos han demostrado que es mentira todo lo que dicen de que nos quieren y nos protegen porque somos inferiores. Ni nos quieren, ni nos protegen, ni somos inferiores. Cuando mataron a Cor y Telo decidí consagrar el resto de mi vida a luchar por nuestros hermanos.

—Calla...

—No, nunca más callaré. —La miró con ojos impregnados de amor—. Lo que siento por ti es muy bueno, Nila —añadió—. Desde entonces, he perdido el miedo a los Humanos. Hasta llego a pensar que porque ellos están juntos, los machos y las hembras, y seguramente sentirán lo mismo que siento yo por ti, es por lo que son tan fuertes. Yo me siento bien contigo, mejor de lo que nunca me sentí quiero que nuestros hermanos puedan también sentirse como me siento yo.

—Y yo.

Impulsivamente, Man acercó su boca a la de Nila y los dos estuvieron así, hasta que se abrió la puerta.

—Venid conmigo —dijo el jefe de Bienestar—, el Benefactor os recibirá ahora mismo.

Con Nila prendida con ambas manos de la suya, Man siguió al funcionario por corredores cada vez más lujosos, hasta enfrentarse a una doble puerta de lustrosa madera, que se abrió ante ellos sin necesidad de llamar.

—Aquí están los homoides de Kamchatka, señor.

—Que pasen; usted puede retirarse.

La puerta se cerró a sus espaldas y la pareja quedó sola ante el hombre más poderoso de la Tierra, que les miraba fijamente, sentado tras su espléndido escritorio. Man no bajó su mirada ante él, no creía que fuera un ser superior. Ni siquiera pensaba que pudiera ser digno de respeto un Humano que mantenía en la esclavitud a otros seres que, él estaba cada vez más convencido de ello, eran tan

Humanos como él.

La mirada del Benefactor iba de uno a otro. Se detenía largamente en Man, para ir después a Nila, y volver a aquél. Man sentía crecer minuto a minuto el odio que había germinado en su espíritu tras la muerte de Telo y Cor. «El —se decía, con la vista fija en el Benefactor— es el culpable de esas muertes, de quién sabe cuántas más y de la esclavitud de mis hermanos. —Y en ese momento una conclusión brilló con luz cegadora en su mente—: Este Humano debe morir.»

—Sentaos —estaba diciendo el Humano a quien Man acababa de condenar a muerte.

Los dos, Nila con timidez, su compañero con aire de desafío, se sentaron, en dos sillas que estaban colocadas ante el escritorio, como preparadas para ellos.

—¿Qué sientes tú por esta hembra? —fueron las siguientes palabras del Benefactor, que dejaron estupefacto a Man.

Fugazmente pensó en mentir, pero de inmediato se dijo no sólo se miente a quien se teme, y él no temía al Humano que estaba sentado enfrente. «No es más que un viejo.» En su Reserva, homoides con menos años eran destruidos porque ya no servían para el trabajo. Y este viejo tenía una casa más grande que dos barracones para él solo...

Mirándole fijamente, el Benefactor esperaba su respuesta.

—Me gusta estar con ella. No quiero separarme de ella.

El anfitrión asintió lentamente, como si le hubiese agradado la respuesta.

—¿Por eso has planeado esa insensata fuga? ¿Para no separarte de ella? — preguntó.

—Sí.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Adónde ibais a ir?

—No lo sabíamos.

Diría la verdad en todo, menos en lo de la rebelión. Aunque sólo quedaban Nila y él mismo, y ambos prisioneros, no había renunciado a la idea de la rebelión. Precisamente detrás del Benefactor una ventana daba al inmenso parque y podía ver una parte de la nave aérea que los llevara hasta allí. Si pudiera hacerse con ella.

El Benefactor se volvió a Nila.

—¿Qué sientes tú por él? —le preguntó, señalando a Man.

—Quiero estar con él —declaró Nila, ruborizándose, pero con voz firme.

Con asombro. Man creyó descubrir en el duro rostro una mueca que podía tomarse por una sonrisa. Pero era como si sonriera para dentro, para sí mismo.

—¿Sabías que te arriesgabas a morir al escaparte? —volvió a preguntar el Benefactor a Nila.

—Sí.

—¿Y aun así lo hiciste, sólo para estar con él? —volvió a señalar a Man con su barbilla.

-Sí.

—No está permitido a ¡os homoides reunirse con los del sexo opuesto.

Ella permaneció en silencio.

—Si me dices que estás dispuesta a abandonar p tu compañero, haré que te envíen ahora mismo a tu Reserva, y no recibirás el menor castigo.

No obtuvo respuesta.

—Bien, ¿qué me dices? —urgió el Benefactor, tras unos instantes de espera.

—Di que sí, Nila — intervino Man.

El viejo le dirigió una fugaz mirada y volvió su atención a la hembra.

—Ya ves que tu compañero te dice que aceptes separarte de él; ¿qué dices?

—No quiero separarme de él.

El Benefactor la miró duramente.

—Quedarte con él significa la muerte para los dos. El va a morir de todas maneras, pero tú puedes salvar tu vida. ¿Vas a perderla por unas pocas horas?

—¡Vete, Nila!

—Me quedaré con él.

El Benefactor sacudió la cabeza en gesto que la pareja no supo interpretar y de inmediato habló por un intercom. El jefe de Bienestar apareció al punto.

—Llévenselos — ordenó.

No bien quedarse solo, aparecieron sus ministros de Bienestar y

Protección, seguidos por el representante y el psicólogo de la Reserva Kamchatka.

—Nos cuesta creer lo que hemos oído —empezó el ministro de Protección—, Ese tres mil ciento diecisiete habla casi como un Humano.

Los otros asintieron con la cabeza. El Benefactor miró al psicólogo en muda interrogación.

—Señor… —empezó éste visiblemente confundido—. No es fácil establecer un diagnóstico… El homoide expresa sentimientos, de esto no cabe duda. Y eso… Bueno, no tiene explicación científica…

—También la hembra homoide expresa sentimientos —le recordó el ministro de Bienestar.

—Pero esto tiene explicación —se animó un tanto el psicólogo—, La homoide hembra presenta lo que llamamos sentimientos inducidos. El gran amor que el tres mil ciento diecisiete le brinda ha recreado en ella reflejos que la depuración genética no ha logrado…

—Ahórrese sus explicaciones científicas —cortó el Benefactor—, Deje de lado a la hembra, y háblenos del macho. Díganos cómo es posible que tenga sentimientos y razonamiento y hasta inteligencia, y que haya podido planear y llevar a efecto una fuga.

El psicólogo hizo un gesto que casi equivalía a una rendición.

—Señor, si usted me exige una respuesta…

—¡Por supuesto que se la exijo!

—Entonces tendré que decir que la única explicación científicamente aceptable es que el tres mil ciento diecisiete no ha sido concebido en laboratorio, como todos los homoides, sino concebido como resultado de una unión intersexual entre dos Humanos o, cuando menos, entre un Humano y una homoide, o viceversa.

El Benefactor, que había escuchado la respuesta con especial atención, pareció hundirse en su asiento. Tras un silencio que parecía no iba a terminar nunca, se atrevió a hablar al ministro de Bienestar.

—¿Ordena que hagamos una investigación sobre las circunstancias del nacimiento del tres mil ciento diecisiete, señor? —preguntó.

El Benefactor asintió con la cabeza. Los otros, sorprendidos por su actitud, se retiraron en silencio.

El hombre más poderoso de la Tierra tardó unos minutos en darse cuenta de que lo habían dejado solo y, cuando eso ocurrió, se levantó y comenzó a recorrer lentamente Ía amplia estancia.

Su cabeza inclinada sobre el pecho lo hada parecer más viejo de lo que era y, por supuesto, mucho menos temible.

Pensaba.

En ese 3117 que nunca creyó que llegaría a conocer, en una joven hembra homoide que había pasado por su vida un cuarto de siglo atrás, en su propia vida de continuos renunciamientos y constante dureza, en la investigación que el ministro de Bienestar iba a iniciar de inmediato para establecer las circunstancias del nacimiento del 3117...

Posiblemente llegaría a averiguar la verdad. Casi sonrió al pensar en la sorpresa que su duro ministro iba a llevarse...

Pero, averiguara o no la verdad el ministro de Bienestar, él tendría que decidir sobre la suerte de los dos homoides. Para la hembra, cualquier castigo sería válido, pero el 3117 tendría que ser destruido.

Destruido...

¿Se atrevería él a dictar semejante sentencia? Y, si no lo hacía, ¿cómo podría justificar su actitud? Se le conocía como duro, había condenado a la destrucción a decenas de homoides, y a la muerte de un buen puñado de Humanos, por delitos muchísimo menores que el cometido por el 3117.

No podía dejar de condenarlo a la destrucción y sin embargo —se dijo a sí mismo— tampoco podría condenarlo.

Quedaba un solo camino. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó de él una pistola lanzarrayos de máxima sofisticación.

Cuando se disponía a oprimir el botón que pondría fin a su vida, sintió el irrefrenable deseo de ver por última vez, sólo durante un par de minutos, a ese 3117 que era parte de él mismo. Dejó la pistola sobre la tabla del escritorio y ordenó por el intercom que los prisioneros fueran llevados a su presencia.

* * *

Nila y Man estaban abrazados, echados uno junto al otro sobre

una de las camas de la habitación que les servía de celda.

—Tendrías que haber aceptado separarte de mí —estaba diciendo él por enésima vez.

—¿Tú querías que me separara de ti? —sonreía ella, también por enésima vez.

—Claro que no, pero es tu vida...

Sintieron que se abría la puerta y se pusieron en pie de un salto.

—Seguidme — les ordenó el jefe de Bienestar.

Cuando volvieron a quedar solos los dos ante el gran jefe, lo primero que llamó la atención de Man fue la pistola olvidada sobre el escritorio. Si pudiera...

El Benefactor, que estaba sentado en su sillón, se puso inesperadamente de pie, rodeó el escritorio y comenzó a pasearse a espaldas de la pareja, que estaba sentada en las dos sillas enfrentadas al escritorio.

El corazón de Man empezó a latir incontroladamente. La pistola estaba a menos de metro y medio de su mano derecha y, al menos durante unos segundos, el Benefactor les daba la espalda.

—Quiero saber si estás dispuesta a separarte del... —estaba diciendo, cuando pasó ante ellos.

Sin vacilar, Man cogió la pistola y disparó.

El Benefactor se desintegró tan rápida y completamente como lo hicieran Telo y Cor.

CAPITULO VI

Con ojos desquiciados por el temor, Nila miraba el lugar donde una fracción de segundo antes estuviera el todopoderoso Benefactor.

—Vámonos de aquí —la urgió Man, sacudiéndola por un brazo para hacerla reaccionar.

—Pero, Man, ese Humano...

—Ese Humano tenía esclavizados a todos nosotros. Me siento mucho más libre ahora que he acabado con él. Pero vámonos de aquí, alguien entrará pronto.

—¿Adonde iremo6?

Man señaló la ventana.

—A la nave —dijo—. Nos iremos en ella.

—No nos dejaran.

—Ya lo veremos —respondió Man, agitando significativamente ante ella la sofisticada pistola del Benefactor.

Abrió la ventana, pasó una pierna por el alféizar y salió al exterior. No había nadie a la vista.

—Ven —dijo a Nila, ayudándola a saltar con su mano libre.

La nave estaba a menos de cien metros de distancia, y la puerta por la que bajaran seguía abierta. Lo que preocupaba a Man era poderla gobernar.

—¡Eh, ustedes!

Al oír el grito de atención, Man se volvió hacia la voz y oprimió el botón de la pistola casi sin disparar. Un Humano fue desintegrado por ella antes que pudiera saber de quién se trataba.

Llegaron junto a la nave y, tras echar Man una fugaz mirada a sus espaldas, empujó a Nila y entró tras ella.

Un Humano y de inmediato otro salieron de la gran casa y comenzaron a gritar palabras ininteligibles, mientras señalaban la nave.

Man perdió segundos preciosos buscando el mecanismo que cerraba la puerta, hasta que por fin lo encontró. Quedaron herméticamente aislados dentro del gran caparazón de metal.

—Supongo que pistolas como ésta no podrán atravesar el blindaje —dijo a Nila—, así que intentaré poner en marcha la nave.

A la carrera llegó hasta la sala de mandos y se sentó ante el panel principal. Una selva de teclas y botones se enfrentó a él. A sus espaldas, Nila le contemplaba expectante.

Recordó los mandos de la nave de pesca y pensó que tendría que haber alguna similitud entre éstos y aquéllos. Dos botones y tres teclas sobresalían entre todas.

Oprimió una de éstas y no pasó nada. Después uno de los botones, y tampoco. Un poco al azar, pulsó el otro botón y un par de teclas. No logró poner en marcha los reactores, pero sí iluminar el mapavisor y el visor de situación. En éste pudieron ver a varios Humanos disparando sus pistolas de rayos contra la nave. Era evidente que el blindaje resistía.

Sintiendo que su corazón estaba a punto de estallar, Man oprimió filas enteras de teclas y pulsó decenas de botones, pero todo el panel principal seguía sin iluminarse, y los reactores en silencio.

Por primera vez perdiendo el control de sus nervios, descargó un puñetazo sobre la selva de teclas.

Y se encendieron diminutas lucecitas y empezaron a ronronear los reactores.

Man miró incrédulo a Nila, y ésta le devolvió la mirada acompañándola con una sonrisa.

—¡Nos estamos elevando! —gritó a continuación muy excitada, porque ella estaba más cerca del visor de situación.

—Ahora todo consiste en fijar el rumbo en el mapavisor y conectar el sistema de conducción automático.

—¿Cómo sabes todo eso? —se sorprendió Nila.

El la miró, momentáneamente desconcertado.

—No lo sé —admitió—, pero dejemos eso de momento. Iremos a la Reserva Kamchatka. Allí iniciaremos la rebelión que liberará a nuestros hermanos.

Ella le miró en silencio. Man llegó hasta el visor y echó una ojeada, en especial a la gran casa de campo que fuera del Benefactor y que ya se veía como una pequeña mancha.

—Esos Humanos darán la alarma a todas las Reservas —dijo, como para sí mismo—. Debí haberlo pensado antes, pero quizá aún esté a tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

El había regresado al panel principal y oprimió sin vacilar una

tecla. La nave se inmovilizó en el punto alcanzado.

—¿Qué haces? — repitió Nila.

—Intento evitar que den la alarma, si es que no la han dado ya —dijo él y, casi corriendo, fue hacia la popa de la nave. Sorprendida, Nila lo siguió.

Pasaron la parte central, dedicada a pasaje, y tras rebasar diversos cubículos destinados a servicios auxiliares, llegaron a la parte opuesta. Allí estaba todo el armamento de la nave. Dos bocas de fuego y un cargamento de misiles aíre-tierra y aire-aire. Todo comandado desde un panel central. Y éste sin más de una decena de teclas.

La primera que pulsó Man puso en funcionamiento el sistema, incluidos los visores de corrección para cada uno de los tipos de armamento. El se concentró en el que dirigía el lanzamiento de los misiles aire-tierra, colocó la casa de campo del Benefactor en el centro de la mira y oprimió la tecla correspondiente.

Veintisiete segundos más tarde, según el cronómetro que coronaba el visor, la casa —y los que en ella o sus alrededores estaban— fueron reducidos a partículas de no más de diez centímetros cuadrados.

—Ahora podemos poner rumbo a la Reserva Kamchatka —anunció Man, muy satisfecho.

* * *

Cuarenta y tres minutos, según el reloj del panel principal, tardó la nave aérea en llegar a las proximidades de la reserva.

—Aquí no será tan fácil el ataque —comentó Man, mirando el visor de situación.

Nila lo miró interrogante.

—Arrojar otro explosivo como el que destruyó la casa del Benefactor significaría matar a todos o casi todos nuestros hermanos —explicó, agregando—: Y no conozco la capacidad destructora de las bocas de fuego, así que tampoco me atrevo a utilizarlas. Aunque... —una nueva idea se formó en su cerebro y, tras inmovilizar la nave, corrió hacia popa.

—Haremos una prueba —dijo a Nila, que le había seguido.

Estaban sobre un terreno boscoso y, por supuesto, cubierto de

nieve, como toda la región. Man-apuntó una de las bocas de fuego a la masa de árboles y oprimió la tecla correspondiente en el ordenador. De inmediato el visor mostró un amplio sector en el que todas las ramas y hojas habían sido pulverizadas. Pero los troncos, aunque deteriorados en parte, se mantenían erguidos y casi intactos.

—Este arma es buena para nosotros —aprobó Man—, Volvamos a la cabina de mando.

En ella, sus siguientes palabras sorprendieron a Nila.

—¿Te atreves a dirigir la nave?

Ella le miró con les ojos muy abiertos y sin atreverse a responder.

—Mira —dijo Man, sonriendo—, es muy fácil. Yo dejaré la nave exactamente sobre el gran patio de la reserva y me iré a disparar la boca de fuego. Cuando te lo diga, tú oprime esta tecla —la señaló— y la nave descenderá y se posará suavemente sobre el suelo. No debes hacer nada más.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, sí, lo haré — repuso muy animada.

No bien la nave se inmovilizó sobre la reserva, tres Humanos armados comenzaron a disparar armas manuales contra ella. Estaba fuera de su alcance, pero el ataque fue una mala noticia para Man, ya que significaba que la reserva había sido informada de lo ocurrido en la casa del Benefactor, y les estaban esperando.

Manipuló el visor de corrección y oprimió la tecla disparadora de una de las bocas de fuego. Los tres Humanos quedaron desintegrados en el acto.

—Aprieta la tecla de descenso —indicó a Nila por el intercom.

Un par de segundos más tarde, la nave comenzó su suave descenso.

Las construcciones destinadas a los Humanos ocupaban un ángulo bien definido de la reserva; seguían a ellas el barracón de los robots y, a continuación el hospital.

Varios guardianes salieron del barracón y comenzaron a montar una potente boca de fuego que apuntaba a lo alto. Man disparó la suya y los robots fueron afectados en diversos grados por los disparos. Sólo uno «murió». Man comprendió que el efecto del rayo dependía del lugar en que el robot lo recibiera. Esto significaba un contratiempo.

Otros dos robots llegaron a la carrera a ayudar a sus compañeros

y entre todos acabaron de montar su boca de fuego, comenzando a disparar con ella. El visor mostró a Man una serie de explosiones que se acercaban a la nave. Por fin, la más próxima provocó una oscilación en ella que casi hizo caer al joven. Sin vacilar, corrió a la cabina de mando.

—Volveremos a elevamos, pues nos atacan con un arma poderosa —informó a Nila, mientras manipulaba tos controles.

La nave se elevó velozmente y comenzó a alejarse de la reserva.

—¿Qué vas a hacer?

El movió indeciso la cabeza y por fin dijo:

—Tendré que lanzar uno de los grandes explosivos.

Ella contrajo su bello rostro en un gesto de temor.

—Has dicho que mataría a nuestros hermanos...

—No si lo lanzo en el lugar adecuado.

—¿Y cómo puedes saber cuál es ese lugar?

—No puedo saberlo —confesó él en voz baja—, pero tomaré mis precauciones.

Inmovilizó nuevamente la nave a cinco mil metros de altura y a un kilómetro del límite más próximo de la reservación, el correspondiente a las construcciones de los Humanos y el barracón de los robots.

Apuntó directamente a aquellos objetivos —posición 0-0-0-, y disparó un misil aire-tierra.

El efecto fue devastador. Los árboles fueron arrancados de cuajo y levantados hasta centenares de metros de altura. La devastación alcanzó un radio de kilómetro y medio. Por el lado de la reserva, barrió la cortina de rayos luminosos, pulverizó las construcciones de los Humanos y el barracón de los guardianes, provocando daños parciales pero no derrumbamientos en el hospital.

Man había calculado bien.

Volvió una vez más a la cabina de mandos y maniobró hasta colocarse sobre el patio central; entonces reinició el descenso.

Muy pronto el visor central le mostró un espectáculo que ningún homoide pudo haber soñado nunca ver.

Media docena de Humanos alzaban sus cabezas hacia la nave, mientras mantenían sus brazos en alto, en señal de rendición.

Suavemente la nave se posó junto a ellos. Pero Man no se dio prisa en salir.

—Esos Humanos dicen que no quieren pelear más —dijo a Nila, interpretando correctamente el sentido de las manos alzadas—, pero puede haber guardianes que quieran hacerlo. Te enseñaré a disparar las bocas de fuego. Si me atacan, dispáralas.

—No quiero que te ocurra nada malo...

Sonriendo, él la besó.

—No me ocurrirá nada malo —la tranquilizó—. Muy pronto vendré por ti. En cuanto me asegure de que no hay peligro.

Le dio las instrucciones necesarias y, tras abrir la puerta, salió al exterior, pistola en mano. Los Humanos seguían inmóviles en la misma posición, y le vieron llegar con evidentes muestras de terror.

—¿Hay más Humanos vivos? — preguntó Man.

Los seis se miraron entre ellos, y por fin respondió una mujer con bata blanca de médico.

—No. Los otros estaban en el cuartel y murieron con la explosión. Nosotros nos salvamos porque estábamos en el hospital.

—¿Y los guardianes?

—La explosión destruyó las vías de conducción de la energía. Los robots están inmovilizados.

Con la mano que empuñaba la pistola, Man señaló a la nave y sus bocas de fuego.

—Allí está mi compañera —dijo, y se asombró por haber utilizado una palabra que desconocía para nombrar a Nila—. Ella disparará contra ustedes si alguien me ataca a mí.

—Nadie lo intentará.

—Espero que no. Ustedes permanecerán aquí y con las manos en alto.

—Lo haremos.

Man entró a la carrera en el hospital y recorrió sus dependencias. Sólo había algunos homoides ingresados, que lo miraron atónitos. Pero él no se detuvo a dar explicaciones allí. No podía perder tiempo.

Recorriendo un camino bien conocido, fue del hospital a los barracones. La puerta controlada a distancia que separaba las dependencias de machos y hembras había quedado cerrada. Apuntó su pistola al mecanismo de cierre y oprimió el disparador. El rayo verde azulado fundió el metal y pudo abrir la puerta sin más problemas.

Del otro lado, en el patio, se encontró con miles de homoides que le miraban con más temor del que mostraran los Humanos. Man quedó un tanto decepcionado del recibimiento, pero reaccionó de inmediato.

—¡Sois libres! —gritó, alzando sus brazos por encima de la cabeza.

Pero esto provocó una reacción contraria a la buscada. Los homoides, al verle alzar su mano armada creyeron que dispararía contra ellos y huyeron en todas direcciones, profiriendo gritos de terror.

Man decidió cambiar de táctica.

Volvió al sector de los Humanos y penetró en la nave.

—¿Ocurre algo? —se inquietó Nila.

—Que los homoides me temen —respondió Man, agregando—: Ven conmigo.

—¿Y si nos atacan?

—No quedan más Humanos que ésos —señaló a los que seguían con sus brazos en alto—. Y los robots no pueden moverse.

Bajaron los dos. Los Humanos miraron con curiosidad a Nila, pero se mantuvieron inmóviles.

—Caminen delante de nosotros —les ordenó el joven—.

Iremos al patio de los barracones. Si uno solo se resiste, los desintegraré a todos.

Se pusieron en marcha con sus brazos siempre en alto. Era evidente que estaban asustados y no pensaban en resistir.

En el patio de los barracones, los homoides habían vuelto a reunirse y miraban atemorizados a los recién llegados.

—¿Lo veis? —gritó Man—. ¡Los Humanos son nuestros prisioneros! ¡Nosotros les hemos vencido! Ellos no son superiores a nosotros. Ellos y nosotros somos iguales. Sólo que ellos tenían la Fuerza y los guardianes, pero ahora soy yo quien tiene la Fuerza. Y por eso soy el que manda.

Entonces los homoides hicieron algo que horrorizó a Man.

Primero los de las filas delanteras, y de inmediato todos los demás, se arrodillaron ante él.

Entregando la pistola a Nila para que vigilara a los prisioneros, Man se encaró con ellos.

—¡Levantaos! —gritó fuera de sí—. ¡No estoy luchando contra

los que os esclavizan para esclavizaros yo! ¡Os he dicho que sois libres, libres de los Humanos y también de mí! ¡Levantaos, he dicho!

Pero no le hacían caso. Seguían de rodillas.

Sin descuidar la vigilancia, Nila dio un par de pasos hasta llegar junto a él.

—Les asustan tus gritos —susurró—. Ellos no han conocido los sentimientos, como yo. Si no los hubiera conocido, también yo me habría asustado de ti.

Man la miró, considerando las palabras que acababa decir. Decidió que era posible que ella tuviese razón y que, de todos modos, nada se perdía con intentar la persuasión. Había triunfado en la Reserva Kamchatka, pero aún había muchas otras Reservas por liberar. Necesitaba imperiosamente la ayuda de sus congéneres. Absurdo era pensar que Nila y él solos iban a acabar con el poder de los Humanos en toda la Tierra.

Sonriendo, se acercó a los arrodillados. Acarició la cabeza de un niño y palmeó la mejilla de una mujer. Así siguió pasando entre las filas, palmeando a algunos, hablando a otros y sonriendo a todos. Al llegar al centro de los reunidos, se detuvo y comenzó a hablar.

—¿Os acordáis de mí? Yo era el número tres mil ciento diecisiete y ella -—señaló a Nila— la hembra número tres mil ochocientos noventa y dos. Ahora ella y yo tenemos nombres, como los Humanos. Ella es Nila y yo. Man. Vosotros también podréis tener nombres, si lo deseáis. Y ya no tendréis que temer a los guardianes, porque ya no hay guardianes; y no tendréis que temer al psicólogo porque el psicólogo ya no existe. Y tampoco existe el Benefactor. Yo he acabado con los dos. Ahora eran sus palabras y no el tono con que eran dichas lo que aumentaba el temor de los homoides. Que el psicólogo y el Benefactor ya no existieran y que hubieran sido destruidos por él...

—¡Tú eres más poderoso que los Humanos! —gritó un hombre y llevó su cabeza hasta el suelo, en señal de veneración.

Man tenía que hacer grandes esfuerzos para contener su impaciencia. Se acercó a los dos que tenía más cerca, una mujer y un hombre.

—Venid conmigo —les dijo.

Los dos se pusieron a temblar. Man sentía crecer la furia en su interior, pero seguía siendo consciente de que la ayuda de esas

gentes le era imprescindible.

—No os haré daño, sólo quiero hablar con vosotros —anunció en voz baja a la pareja.

Tomándolos con suavidad por un brazo, logró que se pusieran en pie. Todos los otros homoides miraban absortos la escena.

—Venid —invitó a sus elegidos—, hablaremos mientras caminamos.

Aunque temblando, la pareja se dejó llevar.

—Necesito vuestra ayuda —manifestó Man en voz baja y amable —. Tenemos que luchar contra los Humanos. Todos juntos les venceremos porque somos muchísimos más que ellos. Yo tengo la Fuerza y puedo conseguir más, pero vosotros tenéis que ayudarme.

Los dos lo miraban sin dar muestras de entenderle y con los mismos signos de miedo que antes.

—Bien —urgió Man—, ¿qué me decís? ¿Estáis dispuestos a ayudarme, a luchar contra los Humanos?

Los dos sacudieron la cabeza, aumentando el temblor de todo su cuerpo.

Man no podía dar crédito a lo que veía.

—Pero qué queréis decir —insistió—, ¿que me ayudaréis o no?

—No, no —se atrevió a hablar la mujer—. Nosotros no podemos luchar contra los Humanos. Ellos son superiores y tienen la Fuerza.

—Ya os he dicho que no son superiores y que también yo tengo la Fuerza. Más Fuerza que ellos.

—Nosotros no podemos luchar, no podemos —insistió tercamente la mujer.

—No, no podemos —apoyó el hombre, y escapó corriendo. La hembra lo siguió al punto.

Con un gesto de cansancio, Man volvió lentamente junto a Nila.

Y entonces ocurrió algo inesperado. La prisionera médica que antes le hablara volvió a hacerlo.

—Tal vez nosotros podamos ayudarte —sugirió.

El muchacho y Nila la miraron atónitos.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Man.

—Que estamos dispuestos a ayudarte —repitió ella, y los otros Humanos asintieron con la cabeza.

—¿Ayudarme a mí que soy un homoide? ¿Por qué habríais de hacerlo?

La Humana respondió al punto.

—Porque nosotros somos médicos, no jefes de Bienestar. Muchas veces denunciamos la injusticia que se comete con vosotros, que sois Humanos también.

Nila y Man la miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Has dicho que somos Humanos? —preguntó él.

—Sí —reafirmó la médica—. Sólo que no os reproducís como nosotros. Pero creo que esta hembra y tú... —sonrió y sus congéneres sonrieron también.

—¿Qué quieres decir? —pidió Man, que no había entendido la gracia.

—Que creo que ella y tú tendréis descendencia como la tenemos nosotros. Porque habéis descubierto el amor.

—¿Qué es el amor?

La médica sonrió.

—Tú quieres estar siempre con ella y tocarla y besarla, ¿verdad? — preguntó a Man.

—Sí —respondió éste.

—Y supongo que ella quiere lo mismo de ti —Nila asintió—. Pues bien —concluyó la médica—, eso es el amor.

—¿Por qué queréis ayudarnos? —volvió a preguntar Man.

La Humana sonrió, miró a sus compañeros y, de nuevo mirando a Man, contestó:

—Probablemente porque también nosotros creemos en el amor. Y en la vida y en la libertad. Ya te lo dije: somos médicos, no guardianes. Y creemos en un orden más justo; en una Tierra en la que no haya esclavos. En la que no haya homoides y todos seamos Humanos. —Hizo un gesto como de contención—. Pero no les exijas a ellos —señaló a los aterrorizados homoides— que te entiendan. Y mucho menos que te ayuden a luchar. No conocen el amor, que es lo que hace Humanos a los seres; han sido educados para ser esclavos. Ni saben luchar, ni tienen estímulos para hacerlo.

Man miró a los Humanos. Tres mujeres y tres hombres a los que conocía porque le habían atendido muchas veces; ahora, todavía con las manos en alto, le sonreían.

—Acepto vuestra ayuda —dijo.

CAPITULO VII

No bien interrumpirse la comunicación entre la residencia de campo del Benefactor y el Unicen, Centro Ejecutivo Unificado, los más altos jefes de Bienestar y Protección se reunieron en sesión de emergencia.

Por no encontrarse en la residencia, uno de los tripulantes de la nave que llevara a Nila y Man desde Kamchatka pudo declarar ante los jefes, y así se reconstruyó lo ocurrido. Consultado el detector interestelar, pronto informó que la nave se encontraba en la reserva a la que pertenecían los rebeldes.

—Armará a los homoides y atacará las reservas vecinas —se inquietó uno de los presentes—. No olvidemos que ellos son cien millones y nosotros sólo uno.

Se discutieron diversos sistemas de ataque, pero todos adolecían de evidentes fallos. En realidad, lo que más se temía era la poderosa nave que los rebeldes tenían en su poder. Así como había pulverizado la residencia del Benefactor y parte de la Reserva Kamchatka, según habían visto en los visores del detector interestelar, podía destruir buena parte de la hermosa capital, donde vivían muy felices más de ¡a mitad del total de Humanos que poblaban la Tierra.

Era primordial prever las reacciones de los homoides en rebeldía, y alguien propuso que se llamara al jefe de psicólogos, que era quien mejor podía informar al respecto.

—Lo que realmente importa —comenzó éste— no es lo que harán los dos rebeldes, sino lo que harán todos los otros homoides.

Los reunidos lo miraron con curiosidad. Como hombres de acción que eran, recelaban de los pensadores; pero tenían que admitir que buena parte del éxito logrado en la total esclavización de los homoides se la debían a los esforzados psicólogos, que en todas las reservas de la Tierra, y día por día, controlaban a sus pacientes, informando de la menor desviación a los jefes para que éstos aplicaran los correctivos adecuados.

—¿Qué cree usted que harán los homoides? —preguntó uno de los jefes.

—Nada —fue la inmediata respuesta del jefe de psicólogos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que he dicho. Que no harán nada. Se negarán a ayudar a los rebeldes. Tienen miedo. Les hemos formado desde antes de su nacimiento, porque trabajamos sobre los genes, para que sean esclavos. No se rebelaran.

—Pero ese ya famoso «tres mil ciento diecisiete» sí que se ha rebelado. Y no parece hacerlo del todo mal.

El psicólogo movió la cabeza en gesto de incomprensión.

—Eso sí que no lo entiendo —admitió—. Un descuido de algún estúpido bioquímico al manipular los genes, supongo.

—¿Qué nos aconseja usted que hagamos?

—Asegúrense la lealtad de los homoides. Después será muy fácil acabar con esa ridícula pareja de rebeldes.

—¿Qué medidas sugiere para tener contentos a tos homoides?

—Pues... Nada especial. Mejoren un poco los programas de la totalvisión y permítanles verla una hora más por día. Cosas de ese tipo.

Y entonces la explosión hizo vibrar el edificio a prueba de ataques nucleares.

* * *

—Mi nombre es Bara —se presentó la médica.

—El mío, Man. Y ella se llama Nila.

—Estos son Galo, Alar, Cali» Bori y Dirá.

Ahora los Humanos ya no tenían sus brazos en alto, pero el arma seguía en manos de Nila.

—Bien —dijo Bara a Man—, nosotros estamos dispuestos a ayudarte, pero el jefe eres tú.

—¿Yo el jefe?

—Naturalmente, tú planeaste la fuga y la rebelión. Y tú la ejecutaste; luego, tú eres el que manda. Dinos lo que-quieres que hagamos.

Man movió un par de veces la cabeza y después dijo:

—Yo soñaba con sacar de su esclavitud a mis congéneres...

—Y eso es lo que vamos a hacer.

—Sí, pero ahora veo que tendremos que hacerlo para ellos, pero

sin ellos.

—No se puede convertir en un minuto y con un par de frases a esclavos en hombres libres. Piensa que no fueron esclavizados en un día ni en un año. Llevan generaciones así —comentó Galo.

Como los otros dos hombres y tres mujeres del grupo, él era joven, sonriente y animoso.

—Lo sé —admitió Man—. Por eso he hablado así. Primero tendremos que vencer a los amos y después liberar a los esclavos.

—No será tarea fácil. Sólo somos ocho.

—Pero nosotros podemos hacer que esos ocho se conviertan en ocho mil —dijo de repente Bara, y todos la miraron.

—Sí —siguió ella, muy animada—. Por el comunicador de la nave podemos hablar con todos los hospitales simultáneamente. Y decirles a nuestros colegas que iniciamos la lucha por una Tierra más justa, donde todos seamos Humanos. Ellos siempre lo han querido así. Y también la mayoría de los Humanos. Sólo los jefes de Bienestar y Protección y .los psicólogos son los que quieren mantener en .Ia esclavitud a tos homoides. Hasta ahora habían contado con el poderoso y cruel Benefactor, pero ahora él ya no existe. Y en cuanto a los miles de guardianes, a ellos se les anula simplemente paralizando la energía del centro de mando.

—La nave tiene explosivos muy poderosos —apuntó Man—. Pienso que hay que atacar la capital.

—Sólo sus centrales energéticas y el Unicen y los barracones de los guardianes—matizó Bara—. El resto de los Humanos no se resistirá a nosotros.

—Pongámonos en marcha —propuso Man, encaminándose hacia la nave. Todos le siguieron.

Los homoides, todavía de rodillas, les miraban en silencio.

—¿Quién cuidará de ellos? —se inquietó Nila.

—Nosotros —contestó Man—, hasta que aprendan a cuidarse ellos solos.

Mientras él ponía en marcha la nave, Bara, por el comunicador, establecía en contacto con todos los hospitales de la Tierra y trasmitía su mensaje.

* * *

—Esa es la principal central energética de la capital —anunció Bara, señalando un punto en el visor principal.

—Yo me encargaré de ella — anunció Bori, y se fue a la parte posterior de la nave.

Antes de ser médico había recibido instrucción sobre manejo de armas, y conocía a la perfección al lenguaje de los ordenadores balísticos.

Esperó pacientemente a que el blanco apareciera en su visor y, en el instante preciso, presionó la tecla correspondiente.

La explosión fue tremenda.

—Ahora nos ocuparemos de la central de transmisión energética —dijo la infatigable Bara, poniendo su índice sobre otro punto del visor.

Unos segundos más tarde se produjo la correspondiente explosión.

Casi toda la capital quedó a oscuras.

—¿Por qué no han salido naves de combate a atacarnos? —se sorprendió Man.

—Porque no las hay en la capital —fue la sorprendente respuesta de Bara—. La única que había es ésta, la del presidente.

—Pero eso es increíble...

—No tanto. ¿Para qué iba a haberlas? Todos los que viven en la capital son Humanos. Las naves tienen que estar donde hay enemigos. Y, de todos modos, hay pocas. No se necesitaban.

—Pocas o muchas, llegarán muy pronto a atacarnos —vaticinó Man—. Y nos destruirán. Así que no vamos a esperarlas aquí arriba.

Todos los Humanos le miraron sorprendidos. Bara puso palabras a la sorpresa de todos.

—¿Es que piensas descender?

—Sí.

—¿Con una pistola por todo armamento?

—Tenemos las bocas de fuego de la nave. Y no olvidemos que vamos a descender sobre una ciudad paralizada.

Oprimió los botones correspondientes y la nave inició el descenso.

—Tú hablaste de un lugar que hay que destruir —recordó a Bara —, pero yo quiero ir a donde estén todos los jefes de Bienestar y de Protección.

—Están en el Unicen. Es el lugar que te dije que hay que destruir.

—No será necesario. Puede que nos sea útil en el futuro.

Todos volvieron a mirarle sorprendidos.

—Ya hablas como un verdadero jefe —sonrió Bara.

—Como un Benefactor —acotó otro de los humanos.

Man se volvió a él y le miró largamente. En realidad, más parecía que se estaba mirando a sí mismo.

Cuando el aparato de combate se disponía a posarse sobre una terraza del edificio semisubterráneo del Unicen, un grupo de guardias Humanos dispararon sus armas contra él.

Bori dirigió simultáneamente contra ellos las dos bocas de fuego, y fueron desintegrados instantáneamente.

En la cabina de mando, Man tuvo una idea.

—¿Tendrán energía en el interior del Unicen? —preguntó a los Humanos.

—Por supuesto —respondió uno de ellos—. Todos los edificios principales tienen minireactores de emergencia.

—Entonces pueden oírme por el comunicador. Hablaré a los jefes de Bienestar y Protección.

Pero tuvo que esperar, manteniendo la nave a trescientos metros de altura, porque Bara estaba recibiendo comunicación de los principales hospitales, incluidos los de la capital. Luego se volvió entusiasmada a los otros.

—¡Todos están con nosotros! —anunció—. En muchas Reservas han hecho prisioneros a los jefes de Bienestar y de Protección, y a los psicólogos, y han destruido la central de órdenes de los guardianes. Y lo mejor de todo es que los jefes se entregan sin lucha.

Man miró a Nila y ella le devolvió la mirada. Se habían entendido sin palabras. Los valientes y superiores jefes de castigos y desapariciones no eran ni tan valientes ni tan superiores, querían decir esas miradas.

Después, el joven cogió el comunicador.

—Quiero hablar a los jefes del Unicen —dijo—. Soy el que ustedes llaman «tres mil ciento diecisiete».

Una voz respondió de inmediato.

—Aquí el Unicen. Hable, tres mil ciento diecisiete.

—Hemos paralizado la energía de la capital, los médicos se han

unido a nosotros en toda la Tierra y se han apoderado de la mayoría de las reservas. En mi nave hay… —miró interrogante a Bara.

—Misiles aire-tierra —susurró ésta.

—Hay misiles aire-tierra más que suficientes para destruir el Unicen, con todos ustedes dentro, y a continuación destruir toda la capital. Ustedes saben que lo que digo es cierto. Así que les ofrezco ir y hablar con ustedes. Si aceptan mis condiciones, acabará la lucha y ustedes podrán seguir viviendo. Contesten.

Tras un brevísimo silencio reapareció la voz.

—Concédanos cinco minutos.

—Está bien.

* * *

Desde que la voz de Man se escuchara por el comunicador, el jefe de psicólogos había adoptado una actitud de sorprendida abstracción. Parecía encerrado en sí mismo, rebuscando en el arcón de sus recuerdos.

Cuando el 3117 lanzara su ultimátum, todos los jefes miraron al psicólogo.

—Podemos resistir —dijo uno de los jefes de Protección—; muy pronto estarán aquí algunas naves. Podemos pulverizar a ese estúpido, pero antes queremos escuchar su opinión.

—Sí —apoyó un jefe de Bienestar—, queremos escuchar su opinión… antes de pulverizarlo.

Un coro de carcajadas hizo eco a estas palabras.

Pero cuando el psicólogo habló, lo hizo muy serio.

—Escuchar la voz del tres mil ciento diecisiete ha sido una provechosa experiencia para mí —dijo—. Creo estar en situación de poder dar una opinión definitiva. Y mi opinión es que cese la resistencia y escuchemos lo que el tres mil ciento diecisiete quiere decirnos.

—¡Pretenderá ser el jefe!

—¡El Benefactor!

—Y quizá eso sea lo mejor para nosotros —opinó muy serio el psicólogo, provocando la sorpresa de todos.

—¿Podría explicarnos el sentido de sus palabras? —preguntó muy serio el jefe de Bienestar, que actuaba como presidente de la

reunión.

—Es muy sencillo. Este tres mil ciento diecisiete no es un homoide como todos. Tiene sentimientos y tiene inteligencia. Todo esto puede deberse al estúpido error de un laboratorista, como decíamos antes, a., o a algún otro motivo. Pero sea por lo que sea, debemos admitir que este homoide es, totalmente o en buena parte, un Humano.

Hubo murmullos de desacuerdo, pero el psicólogo' siguió adelante.

—Los métodos que utilizamos… que utilizábamos con los homoides estaban desfasados. Hace ya muchos años que los médicos venían amenazando con hacer lo que hoy han hecho. Y un «tres mil ciento diecisiete» iba a aparecer en cualquier momento. Si ese rebelde hubiera sido un homoide «puro» podría habernos causado… problemas. Pero a éste podremos manejarlo.

—Darle el poder a un homoide… —se quejó, indignado, uno de los jefes.

—Digamos a un mestizo de homoide y Humano —respondió el psicólogo, con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir con eso? — preguntaron varios.

—Nada, nada. Una simple hipótesis de trabajo.

—Los cinco minutos han pasado —anunció el presidente—. Como veo que no hay unanimidad de opiniones, propongo que se vote la actitud a adoptar con el… mestizo tres mil ciento diecisiete y sus estúpidos seguidores.

—¡Nada de votaciones, esperemos que lleguen las naves de combate! —se exaltó uno.

Pero otro más prudente lo llamó a la reflexión.

—No olvides que con sólo oprimir una tecla puede enviarnos un misil que nos desintegrará a todos en una fracción de segundo.

Varias cabezas se apresuraron a asentir.

Por amplia mayoría se resolvió aceptar el diálogo con el 3117.

CAPITULO VIII

—Man, tos programas de integración no se cumplen al ritmo previsto.

—Señor, los homoides son seres muy atrasados. Hay que proceder con cautela por su propio bien.

Man miró a Bara, que había hablado primero, y después al antiguo jefe de psicólogos, que ahora era el de Man en los programas de ayuda a los homoides. Ocupaba el sillón del anterior Benefactor y en el despacho que fuera de él, en el Unicen.

Esto era así porque él era el nuevo Benefactor. Y se sentía a gusto en el cargo.

—Creo que el psicólogo tiene razón, Bara —dictaminó—. Los homoides son muy atrasados, hay que proceder con cautela.

Con un gesto de fastidio, la médica se levantó y abandonó el suntuoso despacho. El psicólogo la siguió en su retirada con una sonrisa de satisfacción bailoteando en su ascético rostro.

—Es notable lo bien que se desempeña usted en su elevado cargo, señor —aduló, agregando sin perder la sonrisa—: Es... como si en sus genes tuviera herencia de Benefactor.

Man la miró con fastidio.

—¿Herencia de Benefactor? —repitió—. ¡Mi única relación con el anterior fue haberlo matado!

—Por supuesto, señor. Por supuesto —respondió el psicólogo. levantándose y abandonando el despacho.

* * *

Esa noche Man recibió en su lujosa residencia de la capital una inesperada visita. .

—¡Nila! ¿Qué haces aquí?

Ella le miró con ojos llenos de reproche.

—¿Y me lo preguntas? Hace tres meses que eres Benefactor y durante todo ese tiempo sólo te he visto en los actos oficiales, y desde muy lejos.

El, tendido en su modulador favorito, el mismo que prefiriera el

anterior Benefactor, movió comprensivamente la cabeza.

—Sí, Nila, tienes razón —admitió—. Pero sabes que mis ocupaciones no me dejan tiempo…

Entonces ella hizo algo insólito: comenzó a desnudarse.

—¿Qué haces? —se asombró él.

Ella, sin responder, terminó de quitarse las últimas prendas.

—Nila, pero…

Los ojos de Man recorrieron lentamente ese cuerpo que muy lentamente se acercaba a él y sensaciones nunca vividas, pero que de alguna manera se correspondían con las primeras que despertara en él la visión del cuerpo de la muchacha, estremecieron todo su ser.

Poniéndose en pie, se quitó a manotazos sus propias ropas y después se abrazó a ella.

El confortable modulador cogió los dos cuerpos que por primera vez, y sin que nadie les hubiese enseñado cómo hacerlo, se fundían en uno solo.

Después Man dijo algo que Nila nunca olvidaría:

—Ahora sí me siento totalmente Humano.

—Bara me dijo —explicó ella— que cuando una hembra y un macho se juntan y se hacen uno, la hembra puede tener un hijo nueve meses después.

El la estrechó aún más entre sus brazos.

—Nuestros cuerpos se juntarán muchas veces —aseguró—. Y tendremos muchos hijos. Humanos.

Ella sonrió, sin responder. En su interior agradecía de todo corazón a Bara, que le había dado la idea de ir en busca de Man.

* * *

No bien entrar en el despacho, el psicólogo advirtió con inquietud que un cambio se había operado en el Benefactor, a cuyo lado estaba sentada Bara.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Sí. He revisado sus informes sobre la marcha del programa de integración. Comparándolo con el de la doctora Bara, veo que el suyo tiene errores muy grandes.

—¡Señor!

—Sí, sí. Más aún. Tan grandes son los errores que no creo que

hayan sido cometidos por negligencia.

El psicólogo pareció enroscarse sobre sí mismo, como una serpiente presta a saltar.

—¿Está pretendiendo insinuar...?

—Que usted ha obrado de mala fe, sí —le cortó Man.

El otro explotó sin poder evitarlo.

—¡Maldito asesino!

Man y Bara le miraron sorprendidos.

—¡Sí! —vociferó el psicólogo, apuntando con su huesudo índice a Man—, ¡El es el asesino de su propio padre!

Man miró desconcertado a Bara.

—¿Qué quiere decir? — le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

— Nada importante —desdeñó—. Tonterías de los psicólogos. Dicen que un hombre sólo es adulto cuando ha matado a su padre. Lo que significa que hoy te considera adulto.

Man sonrió abiertamente al enfurecido psicólogo

—Esto me confirma que he acertado al ordenar que no haya más psicólogos en las ciudades, que antes ustedes llamaban reservas — le dijo.

—¿Usted se ha atrevido a hacer eso? —bramó el otro.

—Sí —sonrió Man—, pero no se preocupe, porque usted no se quedará sin trabajo. Le he destinado a la antigua Reserva de Tierra del Fuego. Me han dicho que hay allí muchos pingüinos y he pensado que quizá necesiten de sus servicios.

El psicólogo abandonó el despacho a grandes zancadas, y Man lo siguió para asegurarse de que no escapara al destino que le había asignado.

Contemplando al muchacho, a Bara le vino a la memoria una frase que había leído en alguna parte: «El Amor os hará libres».

FIN